

SERVICIO
SECRETO

SS

ASESINOS A PROA

Adam Surray



Los exultantes labios de Judith Howard succionaron el emboquillado. En un delicioso mohín que, sin proponérselo, resultó lascivo.

Judith era así.

Todo sensualidad.

Rebosaba lujuria por los cuatro costados. El solo abanicar de sus largas pestañas ya despertaba pensamientos pecaminosos.

Aunque Ralph Frawley y Sylvester Scott únicamente pensaban en dólares.



Adam Surray

Asesinos a proa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1583

ePub r1.0

Lds 31.01.19

Título original: *Asesinos a proa*

Adam Surray, 1980

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

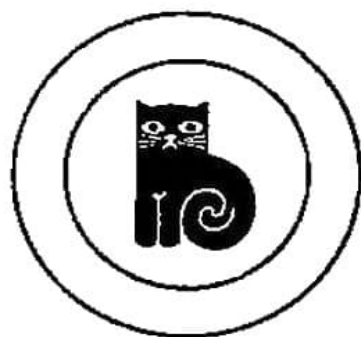
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Los exultantes labios de Judith Howard succionaron el emboquillado. En un delicioso mohín que, sin proponérselo, resultó lascivo.

Judith era así.

Todo sensualidad.

Rebosaba lujuria por los cuatro costados. El solo abanicar de sus largas pestañas ya despertaba pensamientos pecaminosos.

Aunque Ralph Frawley y Sylvester Scott únicamente pensaban en dólares.

Estaban con Judith tratando uno de sus habituales negocios.

—¿Cómo es el fulano?

Ya te lo he dicho. Un mirlo blanco —volvió a sonreír la mujer—. Le sacaremos tranquilamente unos quinientos dólares. Puede incluso que más. Eso ya depende de vosotros.

—Hubiera preferido que le engatusaras para una partida de póquer —dijo Sylvester Scott, jugueteando con el vaso de *whisky*—. Así no tendrías que...

Judith le interrumpió con cariñosa mirada.

—No quiere jugar al póquer, Sylvester. Me quiere a mi, ¿comprendes?

—Muy lógico —sonrió cínicamente Ralph Frawley—. Un tipo de buen gusto.

Judith Howard contempló resuelta a los dos hombres sentados frente a ella.

Ambos de edad aproximada.

Unos treinta años.

Ralph Frawley parecía algo más joven que su compañero. Alto. Delgado. Su sempiterno cinismo y la insolencia de su mirada eran

un complemento más que añadir a sus correctas facciones.

Sylvester Scott representaba el polo opuesto. Era apocado. De carácter poco acorde con su atlética complexión. Rostro alargado. De corazón noble. Siempre dispuesto a perdonar. Siempre dispuesto a hacer un favor a los amigos.

Todo lo contrario que Ralph Frawley.

—Me encanta hacer negocios con vosotros, muchachos. Por eso os he llamado. Sois de confianza.

—Gracias. Judith.

—¿Gracias? Eso es poco, Sylvester —rió Frawley, vaciando su vaso de *whisky*—. ¿Sabes una cosa. Judith? Estamos sin un centavo. Tu llamada nos vino de perlas. Sylvester casi llora de la emoción.

La mujer consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Desvió la mirada hacia el ventanal de *snack*.

—Ya no debe tardar...

—¿Conoces su nombre?

Judith denegó con un movimiento de cabeza.

Dio la última bocanada al cigarrillo para seguidamente aplastarlo sobre el cenicero.

—Le conocí esta mañana. En uno de los vestíbulos del hotel San Francisco Hilton. Conversamos muy poco, aunque lo suficiente para citarnos. Es joven. Más o menos de mi misma edad. Unos veinticinco años. Muy nervioso. Mientras hablábamos no hacía más que lanzar miradas hacia el salón social. Sospecho que temía la aparición de su mamá.

—¿Estás segura de que reúne las condiciones?

—Tengo buen ojo para ello, Ralph. Es individuo de dinero y de la *high society*. Lo dicho, muchachos. Un hijo de papá que por nada del mundo querrá dar un disgusto a sus viejos. Le vi marchar en un «Chevrolet» último modelo que...

—Ahí le tienes. Judith —interrumpió Frawley, fijando sus grises ojos en el ventanal—. Un «Chevrolet» Corvette acaba de detenerse frente al 1241.

—¡Es él!... —La mujer se incorporó de la silla atrapando su bolso de mano—. Hasta luego, chicos.

—¿Diez minutos?

Judith sonrió.

—No... Dadme veinte minutos. Me parece un individuo muy

nervioso y quiero que le encontréis relajado.

La mujer abandonó el local.

Aquel sensual movimiento de sus ampulosas caderas también era innato en ella. El leve oscilar de sus senos motivado por la ausencia de sujetador... Todo un espectáculo.

Cruzó la calzada para luego recorrer la distancia que le separaba del estacionado Corvette.

El auto tenía deslizada la capota.

Al volante un individuo de unos veintiocho años de edad. Ensortijado cabello negro que hacía resaltar la palidez de su rostro. También sus manos, de largos y huesudos dedos, extremadamente blanquecinas.

—Hola —saludó Judith, jovial—. ¿Hace mucho que me esperas?

El individuo esbozó una sonrisa.

—No..., acabo de llegar.

—Vivo aquí. Salí un momento a comprar cigarrillos. ¿Subimos?

El hombre dudó.

Miró a izquierda y derecha.

Como si temiera ser observado.

—Son todo apartamentos —dijo Judith, deseando tranquilizarle—. Sin recepcionista ni vecinos curiosos. Tomaremos unas copas y escucharemos algo de música. Me comentaste que te gustaba Brahms, ¿verdad? También es uno de mis favoritos.

El individuo descendió del auto.

Sin pronunciar palabra alguna.

Penetraron en el edificio.

—Aún no sé tu nombre —sonrió Judith, pulsando el mando de llamada del elevador.

—Me llamo... Paul... Paul...

—Con Paul es suficiente. ¿Recuerdas el mío?

Paul asintió.

Correspondiendo a la sonrisa.

Satisfecho de la poca curiosidad demostrada por la mujer.

El elevador les condujo a la cuarta planta del edificio.

Judith Howard extrajo una llave del bolso para seguidamente introducirla en la puerta de la izquierda.

—¿Qué te parece, Paul? Pequeño, pero acogedor.

El *living* se separaba del salón por una puerta corredera de doble

hoja. Mobiliario de tonos alegres. Con profusión de cuadros, espejos y objetos de adorno por todos los rincones.

—¿Dónde tienes los discos de Brahms?

Judith parpadeó sorprendida por la pregunta.

Dirigió una perpleja mirada al individuo.

Aquella mañana, en el vestíbulo del San Francisco Hilton, había oído hablar por primera vez del tal Brahms.

Sí.

Tenía un buen equipo de tocadiscos estereofónico. Con singles y Lps de Elvis, The Beatles, Sinatra, Bee Gees, Rod Steward... y un buen surtido de música lenta y sensual; pero de Brahms...

—En mi dormitorio, Paul. Ven conmigo. Me gusta dormir con música.

Le condujo a la primera habitación del corredor.

El dormitorio también magníficamente amueblado. Con amplia cama que, junto con las dos mesas de noche a juego, ocupaba casi toda la pared. Bajo la mesa del televisor se acoplaba el equipo tocadiscos.

—¿Tienes la Rapsodia? —inquirió Paul, inclinándose sobre el álbum de discos—. Es lo mejor de Brahms.

Judith hizo una mueca.

Aquello no salía según lo previsto.

Echó una rápida mirada al reloj.

Tenía unos doce minutos para hacerle olvidar a Brahms.

—Los de Brahms no están ahí, Paul. Los tengo aparte. Como oro en puño. Cuando me cambie de ropa los... ¡Maldita cremallera!... ¿Quieres ayudarme, querido?

Paul avanzó.

Lentamente.

Judith había girado colocándose de espaldas.

Percibió como el individuo deslizaba el zipper del vestido. Se enfrentó a Paul.

—Mereces un premio.

Le colgó los brazos al cuello.

Aproximó sus entreabiertos labios. Gordezuelos. Húmedos. Lujuriosos...

Besó ávidamente la boca de Paul. Apretujándose contra él. En lascivo contacto. Incrementado por sus obscenos besos.

Y fue Paul quien la rechazó.

Aquello no desanimó a la mujer.

Consciente de haber tendido ya el anzuelo.

Judith se sentó al borde del lecho. Alzando la falda del vestido procedió a despojarse de las finas media de nylon. Mostrando con generosidad sus largos y mórbidos muslos.

Descubrió un nuevo destello en los ojos de Paul.

—¿Por qué no te quitas la chaqueta, querido? Ponte cómodo. Hace calor. Yo voy a tomar una rápida ducha.

Judith se quitó el vestido por encima de la cabeza arrojándolo a sus pies junto a las medias de nylon. Su seductor cuerpo quedó solo protegido por unas diminutas braguitas de encaje calado.

El Kezar Stadium de San Francisco se hubiera abarrotado para contemplar aquel espectáculo.

Senos opulentos que se mantenían erguidos y coronados por redondo pezón color marrón rosado. Vientre de tenue curva engalanado por ombligo de profundo hoyuelo. El calado encaje del *slip* se ensombrecía merced al ensortijado vello. Un cuerpo de piel suave y bronceada.

Un turbador espectáculo que no era apreciado por Paul.

Judith se percató de lió.

No la miraba a ella, sino a las medias.

Sí.

Paul tenía los ojos fijos en las medias de nylon arrojadas despreocupadamente sobre la alfombra.

Judith esbozó una sonrisa.

Había descubierto el enigma.

Conocía a individuos que babeaban entusiasmados con un zapato femenino, unas bragas usadas, un sujetador...

Fetichistas.

Y Paul hipnotizado por unas...

Judith se inclinó para coger una de las medias.

Se aproximó lentamente al individuo.

—¿Quieres tocarla? —sonrió, ofreciéndole la media—. Mira..., aún está cálida por el contacto de mi cuerpo... Tómala...

Paul cogió entre sus manos la fina prenda.

Y Judith tomó a su vez aquellas manos para presionarlas contra sus erectos senos.

Paul la empujó.

Con violencia.

Todo fue muy rápido.

Judith cayó aparatosamente sobre el lecho. Y tras ella fue el individuo. Se colocó a horcajadas sobre la mujer rodeando el cuello femenino con la media de seda.

—Maldita... me has engañado...

—Yo... yo no...

Un ahogado estertor hizo enmudecer a Judith.

Paul tiraba de cada extremo de la media anudada al cuello de la mujer.

—¡Sí!... Me has engañado, furcia... No querías oír a Brahms conmigo... Eres como ella. Como mi madre... También ella se desnudaba ante los hombres... les provocaba con sus encantos... Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo perfectamente.

Judith quiso hablar.

Gritar.

Suplicar por su vida.

Su bello rostro se fue congestionando.

Abrió desmesuradamente la boca.

—Yo tenía siete años... Sí... Siete años..., lo recuerdo bien... En nuestra casa de campo de Glennsville. Mi madre y yo... solos... mi padre había salido aquella noche... un viaje a Los Angeles... Me despertaron unas voces, unas risas... Me levanté y fui hacia la habitación. Pude verla. Mi madre y otro hombre que yo no conocía. No se percataron de la llegada de mi padre. Había suspendido el viaje a Los Angeles. Yo sí le vi entrar en la casa..., le vi golpear con un candelero la cabeza del hombre... Mi madre suplicaba... Quiso escapar, pero sus tobillos quedaron envueltos con las medias de seda arrojadas en el suelo... Mi padre la alcanzó, tomó una de aquellas medias y apretó su cuello... así... así...

Judith desorbitó los ojos.

Su desesperado bracear fue cesando paulatinamente.

Escuchó lejana, muy lejana, la risa de Paul.

—Sí..., su rostro también estaba amoratado... desencajadas las facciones, la boca muy abierta, asomando la lengua... así... como tú ahora... así...

Judith ladeó la cabeza.

Como una muñeca rota.

Sus abiertos ojos quedaron fijos en el reloj depositado sobre la mesa de noche. Ya habían transcurrido los veinte minutos acordados con Frawley y Scott.

Entrarían de un momento a otro en el apartamento.

Siempre habían sido muy puntuales, pero en esta ocasión se les adelantó la muerte.

CAPÍTULO II

Sylvester Scott vació el vaso de *whisky*.

—Ralph...

—¿Sí?

—Somos basura.

—¿Por qué no hablas en singular?

—Tienes razón. Rectificó. Eres Basura.

Ralph Frawley ahogó un bostezo a la vez que consultaba la esfera de su reloj. Arrojó unos dólares sobre la mesa.

—En marcha, Sylvester. Mientras subimos al apartamento se cumplen los veinte minutos acordados.

—Te he dicho que eres una basura, Ralph.

—Si ya te había oído.

Sylvester Scott alcanzó a su compañero ya en la salida del *snack*.

—Me estoy cansando de todo esto. Ralph. Un día terminaremos mal.

—Peor ya no podemos estar.

—He tomado una decisión. Mañana mismo buscaré un trabajo honrado. Se acabó el vivir como ratas.

—¿Un trabajó? ¿Vas a trabajar, Sylvester? ¿Tú?

—Sí, yo.

Frawley rió en sonora carcajada.

—Eres un tipo gracioso. Sylvester. Muy divertido. Ya en el reformatorio me estropeaba de risa contigo.

—Hablo muy en serio, Ralph. Quiero sentar cabeza. Establecerme. Formar un hogar...

La sonrisa se borró paulatinamente de los labios de Ralph Frawley.

—¿Un hogar?... ¿Te refieres a casarte y tener hijos berreando a

tu alrededor para que les limpies los mocos?

—Eso es.

—¿Te encuentras bien, Sylvester? ¿Seguro que no tienes fiebre? ¿No deliras, muchacho...?

—¡Vete al diablo!

Cruzaron la calzada.

Ralph Frawley, con las manos en los bolsillos, comenzó a silbar el viejo tema musical *Star Dust*.

—Volveré a los muelles. Ralph. Allí siempre es fácil encontrar trabajo.

—Eres tan desgraciado que posiblemente lo consigas.

—Sigue, sigue burlándote... Maldita sea. Nunca debí dejarme embaucar por ti. Llevas años prometiendo salir del fango. ¡Y seguimos como ratas de alcantarilla! ¡Estoy harto!

Ralph Frawley se detuvo en seco.

Enfrentó su mirada a la de Scott.

—Escucha con atención, hermano. También yo estoy harto. Siento náuseas. Todas las mañanas, al mirarme en el espejo, vomito. Luego, al salir a la calle y contemplar a la legión de bastardos que pueblan San Francisco, respiro con fuerza y me siento mucho mejor. No soy peor que ellos.

—¿Y eso te consuela?

—Seguro.

—Yo quiero cambiar, Ralph. Necesito otra oportunidad.

—¿Otra? Creía que ya habías escarmentado. Salimos del reformatorio a los dieciocho años, ¿recuerdas? Con muy buenos propósitos. La carta de recomendación del director del reformatorio fue maravillosa. Nos explotaron convencidos de que nadie proporcionaría trabajo a un par de supuestos granujas. Eramos escoria. Y cansados de mendigar un puesto digno decidimos emplear los... conocimientos adquiridos en el reformatorio. Fue una buena temporada hasta que de nuevo te entró la vena del trabajo honrado. Accedí. En los muelles. Tú como mecánico y yo manejando las gigantescas grúas. ¿Qué ocurrió?

—El sindicato nos hizo la vida imposible.

—Correcto. Y luego lo de la agencia de transportes Salkow. Conductor y ayudante. Con un magnífico sueldo. Demasiado bueno. De no ser por mi olfato estaríamos todavía entre rejas.

—El contrabando de la Salkow no...

—¡Al infierno con todos, Sylvester! Estoy cansado de que me utilicen. Éste es un mundo de fieras. Y tú lo sabes. Al nacer no te dieron la clásica palmadita en el trasero. Te la soltaron en la cara. Al igual que a mí. Desde entonces no hemos hecho más que recibir. Llevamos un par de años viviendo del prójimo. Engañando a los que se consideran más listos. A los bastardos. ¡Y no me arrepiento de ello! ¿Recuerdas el último trabajo con Judith? El fulano resultó ser Douglas Cooper. Le sacamos doscientos cochinos dólares. Aquella misma semana el honorable señor Cooper provocaba el incendio de su fábrica, dejando sin trabajo a un centenar de obreros y beneficiándose de las pólizas del seguro, de las ayudas estatales para paliar la pérdida de mercancías... ¡Mercancías que previamente había retirado antes de provocar el incendio!

Sylvester Scott inclinó la cabeza sin atreverse a responder.

Penetraron en el edificio.

Ya en la cabina del elevador el silencio fue roto por Frawley.

—¿Tienes la placa?

Scott se la mostró.

Una insignia de policía.

—¿Teniente?

—No. Me gusta más el cargo de inspector —dijo Frawley—. Se nos olvidó comentar con Judith el escondite de la supuesta heroína.

—Es de suponer que tenga escondidos los saquitos de harina en el lugar de costumbre.

Abandonaron la cabina.

Ralph Frawley consultó el reloj.

—Llegamos puntuales... Falta apenas un minuto. Toma la llave.

Sylvester Scott procedió a abrir la puerta del apartamento. Dirigió una mirada a Frawley. Éste, empuñando en su diestra un revólver, movió afirmativamente la cabeza.

Se precipitaron al interior.

Ya desde el *living* divisaron al individuo.

Avanzaba por el corredor.

—¡Quieto ahí! —exclamó Ralph Frawley encañonándole con el revólver—. ¡Policía!

Sylvester Scott le mostró la placa.

Arrugó la nariz al ver reír al individuo.

Sí.

Aquel fulano de pálido rostro se reía como un estúpido.

—No estamos bromeando, amigo —dijo Frawley, también perplejo por aquella reacción del individuo—. Soy el inspector Logan, del Departamento de Narcóticos. ¿Cuál es tu nombre? ¡Responde!

—Paul... Paul Bellamy...

—Todo cuanto digas podrá ser utilizado en tu contra, Bellamy. ¡Sargento McCarthy!

—¿Sí, inspector?

—Compruebe si hay alguien más en el apartamento.

—A la orden, señor.

Sylvester Scott se alejó hacia la abierta puerta del Corredor.

Ralph Frawley chasqueó la lengua.

—Éste es un feo asunto, Bellamy. Llevamos largo tiempo controlando a Judith Howard. ¿Quién eres tú? ¿Proveedor de droga o cliente?

Paul Bellamy continuaba sonriendo.

Con una extraña mueca en el rostro.

Una sonrisa que irritaba a Frawley. Estuvo tentado de borrarla de un trallazo, pero se contuvo.

—Proveedor o cliente poco importa. Bellamy. Estás con Judith y eso significa complicidad en el tráfico de droga.

Esperó algún comentario.

Alguna protesta del tal Paul Bellamy.

No.

No se defendía de la acusación.

Seguía sonriendo como un idiota.

Tampoco Scott y Judith colaboraban mucho.

—¡Sylves...! Digo... ¡Sargento Mc Carthy!... ¡Salga de una condenada vez con la sospechosa!

Sylvester Scott apareció.

Pálido como un cadáver.

Movió los labios, aunque sin articular palabra alguna.

Ralph Frawley comprendió que algo grave había ocurrido. Avanzó a grandes zancadas con intención de penetrar en el dormitorio; pero se detuvo secamente bajo el umbral. Se tambaleó como si hubiera recibido un fuerte mazazo en la cabeza. Con

incrédulos y aterrorizados ojos contempló a Judith.

Sobre el lecho.

Con la cabeza ladeada. Los ojos muy abiertos. Desencajadas sus bellas facciones. La lengua asomando por entre sus labios...

Ralph Frawley sí reaccionó.

Ciego de ira.

Giró con rapidez avanzando hacia el risueño Paul Bellamy.

—¡Te voy a...!

Frawley enmudeció al ver penetrar tres individuos en el apartamento. El primero de ellos portando entre sus manos una metralleta «Beretta» que de inmediato enfocó hacia Ralph Frawley.

CAPÍTULO III

Ralph Frawley soltó el revólver como si le quemara en la mano.

—¡Eh, no dispare!...

El individuo de la «Beretta» hizo una mueca. Contrariado. Su dedo índice demoró unos instantes, interminables para Frawley, el distanciarse del gatillo; no obstante continuó encañonándole.

—Tranquilo, Lewis —dijo uno de los hombres al de la «Beretta»—. Ahí llega el jefe. El dirá lo que debes hacer.

Apareció un cuarto individuo.

De corta estatura. Regordete. Cabeza achatada por los polos. Grandes orejas a juego con su desproporcionada boca. Vestía un traje de excelente corte. La corbata adornada con un grueso alfiler de oro. Sus dedos, cortos y morcillosos, luciendo valiosas sortijas.

Ralph Frawley y Sylvester Scott experimentaron un mutuo escalofrío.

Conocían a aquel individuo.

Toda California conocía a Albert Bellamy. Su fotografía ocupaba periódicos y revistas. Siempre era noticia.

Albert Bellamy.

El máximo dirigente de la Mafia en la costa californiana. Rey del Crimen. Emperador del Vicio. Cacique del Hampa...

Cualquier adjetivo se quedaba corto para definir a Albert Bellamy. Su Sindicato del Crimen controlaba el tráfico de drogas, la prostitución organizada, el juego ilegal, apuestas clandestinas, sobornos a funcionarios, robos, cuotas de protección, negocios tapadera...

Toda rama delictiva era abarcada por Bellamy.

Su poder ilimitado.

Todos los intentos del FBI o de cualquier otro organismo del

Departamento de Justicia por atrapar a Bellamy habían fracasado. Si alguna vez conseguían pruebas. Albert Bellamy les ofrecía una cabeza de turco.

Y él seguía emponzoñando California.

Albert Bellamy avanzó con lento paso.

Llegó junto al sonriente Paul.

—Hola, papá.

Albert Bellamy correspondió al saludo soltándole un trallazo con la zurda que proyectó a Paul contra la pared.

—Estúpido... Te lo tengo advertido... ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho durante todo el día?

—Yo..., yo no...

—¿Tienes prohibido salir sólo de casa! ¿Por qué le diste esquinazo a Lewis y Forrest?

—Conocí a una chica y...

—¡Idiota! Me has hecho perder el tiempo indagando por todo San Francisco hasta localizarte. ¡En marcha! Ya hablaremos en... — Albert Bellamy posó por primera vez sus ojos en Frawley y Scott. Dirigiéndoles una aviesa mirada—. ¿Quiénes sois vosotros?

—¿Nosotros? —sonrió Ralph Frawley, forzadamente—. Somos... somos unos vecinos. Entramos a solicitar un sacacorchos. No se preocupe por nosotros. Ya nos íbamos.

—Son policías, papá.

Las palabras de Paul Bellamy hicieron que el individuo portador de la «Beretta» realizara un instintivo ademán amenazador.

Sylvester Scott alzó los brazos hasta casi rozar el techo.

—¡No somos policías!

—Por supuesto que no —dijo Frawley, esforzándose en mantener la sonrisa—. Fue una broma. Una inocente broma que quisimos gastar a su hijo. Espero que nos disculpe.

—Ese tipo empuñaba un revólver, jefe —denunció uno de los individuos—. Al entrar nosotros lo arrojó al suelo.

—Y el otro tiene una placa de policía, papá. Inspector y sargento del Departamento de Narcóticos.

Frawley tragó saliva.

—Es... es toda una broma... Ése es un revólver de fogueo. Y la placa de mi compañero es falsa. La hemos hecho con una lata de cerveza.

—Recoge el revólver, Duvall.

—Sí, jefe.

Uno de los individuos se inclinó para atrapar el revólver arrojado por Frawley. Lo examinó en fracción de segundo.

—Es de fogueo, jefe.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió Albert Bellamy.

—Ya le hemos dicho que...

—Eso no cuela. Dime otro cuento.

Ralph Frawley, rápido en imaginación, se inventó otra historia.

—Esperábamos convencer a su hijo para una partida de póquer y desplumarle. Ése era nuestro propósito.

Albert Bellamy sonrió.

Mostrando una perfecta y nivea dentadura postiza.

—Eso ya es más factible. ¿Sabes quién soy?

—Seguro, señor Bellamy —dijo Frawley con leve reverencia—. Por supuesto no relacionamos a Paul Bellamy con usted. De haberlo sospechado no se nos hubiera ocurrido el...

—Olvidaros de mi y de mi hijo, ¿de acuerdo?

—Sí, señor, sí... Por descontado... No le molestaremos —dijo Scott en reverencias más profundas—. Nos vamos ahora mismo.

—¿Y la chica? —inquirió Bellamy, cerrándoles el paso—. ¿Dónde está la chica que engatusó al estúpido de mi hijo?

Ralph Frawley se adelantó a una posible respuesta de su compañero.

—Ella... ella salió en busca de bebida. Cuando regrese le diremos que se suspendió la fiesta.

—La chica está aquí, papá —dijo Paul, retornando a su pálido rostro la sonrisa—. En la habitación. Era como mamá, pero no te preocupes. También yo le he dado un buen escarmiento.

—¿Qué le has...?

—Sí, papá.

Albert Bellamy se abrió paso entre Frawley y Scott.

Se detuvo frente a la abierta puerta para, transcurridos unos instantes, girar lentamente hacia el risueño Paul.

—¿Estás contento, papá? ¿Lo he hecho bien?

Albert Bellamy, estupefacto, movió instintivamente la cabeza en sentido afirmativo.

El llamado Lewis acudió a echar un vistazo.

—¡Infiernos!... ¡La ha liquidado!

—No podemos permitir que esa bella muchacha emprenda sola el largo viaje al Más Allá —dijo Albert Bellamy, dirigiendo a Frawley y Scott una poco tranquilizadora mirada—. Vosotros dos la acompañaréis.

Sylvester Scott empezó a retroceder.

—Oiga, señor Bellamy..., nosotros no sabemos nada... no hemos visto nada, no diremos nada... Seremos como dos tumbas.

—Ése es precisamente mi deseo. Dos tumbas.

—Yo respondo de la discreción de mi compañero, señor Bellamy —aseguró Ralph Frawley—. Tiene nuestra palabra de honor que...

—¿Me tomas por idiota? —interrumpió Bellamy, secamente—. Ya os he catalogado. Apuesto que proyectabais chantajear a mi hijo, ¿no es cierto? Con la colaboración de esa furcia. Sois un par de vividores. Dos granujas de poca monta. No sois de confianza. De seguro acudiríais a la policía denunciando el crimen de mi hijo. No..., no sois de confianza. Sólo cerrando para siempre vuestra boca estaré seguro. Lewis...

El de la «Beretta» se adelantó unos pasos.

—¿Sí, jefe?

—Acaba con ellos.

Lewis sonrió en feroz mueca.

Matar era su *hobby* preferido.

* * *

Ralph Frawley y Sylvester Scott intercambiaron una rápida mirada.

No fue necesario más.

Llevaban muchos años juntos.

Fue Frawley el primero en actuar abalanzándose contra Duvall. El más próximo. Le empujó con violencia hacia el interior de la habitación. Y Scott les siguió con igual rapidez. Escuchando tras de sí el crepitar de la «Beretta».

Sylvester Scott cerró velozmente la puerta pasando el cerrojo.

—¡Pronto, Ralph!... ¡Esto no les detendrá!

Sí.

Frawley terminaría rápido.

Aplicó a Duvall dos consecutivos golpes. Aprendidos en el reformatorio de Willsville. Aquélla fue una buena escuela.

Índice y corazón extendidos. A los ojos del contrario. Y luego puntapié al bajo vientre.

Garantizado.

Frawley y Scott corrieron hacia el ventanal sin que el caído Duvall les molestara. Bastante tenía el pobre con retorcerse por el suelo con las manos en el bajo vientre y llorando a raudales.

La puerta de la habitación cedió a los empujes.

—¡Están bajando por la escalera de incendios! —dijo Lewis, accionando el disparador de la «Beretta».

—¡Rápido, Forrester! —exclamó Bellamy rojo de ira—. ¡Por la escalera del edificio! ¡Tienes que llegar antes que ellos y cerrarles el paso! ¡No tienen que escapar con vida!

Las balas rebotaban en la metálica escalera de incendios emitiendo una siniestra melodía.

Frawley descendía los peldaños de cuatro en cuatro.

En cuanto a Sylvester Scott, que iba en cabeza, apenas los tocaba. Parecía volar. El miedo ponía alas a sus pies.

Lewis también había iniciado el descenso por la escalera de incendios. Hacía pequeñas paradas para enviar dosis de plomo.

—¡Sylvester!... —gritó Frawley—. ¡Por la ventana del primer piso!

No hubiera hecho falta la indicación.

Sylvester Scott, zorro viejo en aquellas situaciones, sabía que el callejón de la escalera de incendios estaría ya controlado por uno de los hombres de Bellamy.

La puerta de la ventana correspondiente al primer piso estaba abierta.

Sylvester Scott se introdujo por el marco como un cohete. Trastabilló golpeándose contra uno de los muebles de la cocina.

Y Frawley tropezó con él.

—¡Maldita sea, Sylvester!... ¡Muévete!

—No veo nada... ¿Dónde diablos está la puerta?

Y la puerta de la cocina se abrió. La iluminación procedente del corredor rompió la oscuridad.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió un individuo con larga bata de franela a cuadros—. ¿Quiénes son...?

—¡La salida!... ¡La salida! —le empujó Scott—. ¿Dónde está la salida?

Scott abrió la primera de las puertas que encontró a su paso. Era la correspondiente al retrete.

—¡Aquí, Sylvester! —indicó Frawley desde el *living*.

Abandonaron el apartamento dejando tras de sí al perplejo inquilino.

Se detuvieron jadeantes en el portal.

—Está bajando el ascensor, Ralph... Puede ser uno de ellos.

Frawley se asomó prudentemente.

—No se ve a nadie... Deben estar esperando al pie de la escalera de incendios... ¡Salgamos!

Cruzaron la calzada a plena carrera.

El tráfico era nulo en aquel momento.

—¡Allí!... ¡Por allí van!

Era Forrest quien gritaba desde la bocacalle del callejón. Pronto se le unió Lewis concluido su descenso.

Salieron tras Frawley y Scott.

No llevaban las armas a la vista, ya que alguno de los contados viandantes ya les observaban con curiosidad.

El dolorido Duvall salió del edificio incorporándose también a la persecución. Albert Bellamy y su hijo instalados en el interior de un «Pontiac». Transmitiendo órdenes por el teléfono del auto. Dando instrucciones. Movilizando todos sus efectivos. Expertos cazadores se extenderían de inmediato por la jungla de asfalto.

Frawley y Scott serían dos fáciles piezas.

CAPÍTULO IV

Sylvester Scott salió del cuarto de baño.

—Un momento, Ralph... Guarda también esto.

—¿Qué es?

—Mi cepillo de dientes.

—¿Tu cepillo de...? ¡Maldita sea, Sylvester! —Frawley cerró precipitadamente la bolsa de lona—. No estamos haciendo el equipaje. Todo esto es para vendérselo a Boris Railsback. Necesitamos dinero. Tenemos que salir cuanto antes de San Francisco.

Scott echó una mirada por la desordenada habitación.

Los cajones del armario abiertos, los de la mesa de noche...

—Pero..., ¿y nuestra ropa? Ahí queda todo.

—¿Qué quieres? ¿Llevarte tu ajuar? No, Sylvester, sólo lo imprescindible. Pasaporte, documentación y demás. Aquí llevo lo único que puede interesar a Boris. El radio-cassette, la cámara fotográfica, el proyector... No tenemos tiempo para más.

—Albert Bellamy no conoce nuestros nombres. Ralph. Ignora quiénes somos.

—De seguro ya lo sabe ahora. Nos catalogó. Dos vividores, ¿recuerdas? No habrá indagado entre la *high society*, sino en los barrios bajos. Y ahí sí somos populares. Con sólo dar nuestra descripción tiene los nombres... y el domicilio de nuestra pocilga. ¡Larguémonos!

Abandonaron el edificio.

Una casa de gris fachada enclavada en Barrio Sagal.

Próxima a The Embarcadero.

—¿Dónde vas, Sylvester?

—Nuestro auto... Lo tenemos ahí.

—*Okay*. Y ahí quedará. Un «Mercury» Bobcat del 77 abollado por todos los lados y de color amarillo canario es como llevar una sirena. Hay que ser prudentes. Los hombres de Bellamy pueden estar ya al corriente de nuestro auto. Tampoco tomaremos un taxi. La organización Bellamy controla una amplia flota de autotaxis. Es uno de sus negocios... legales. Apuesto que los taxistas tienen ya nuestra descripción.

—¿Piensas ir cargado hasta la casa de Boris?

—No. Sylvester. Tú llevarás el saco.

Frawley tendió a su compañero la bolsa de lona.

Avanzaron por las solitarias y oscuras calles de Barrió Sagal. Esquivando los anuncios de neón de los *night-clubs* y demás tugurios que proliferaban por la zona.

—Oye, Ralph... ¿No crees que le das demasiada importancia a Bellamy? Hace menos de una hora que les burlamos. No han podido identificarnos en tan poco tiempo.

—¿Cuánto dinero llevas en los bolsillos. Sylvester?

—Ocho dólares con cuarenta centavos. Los he contado al cambiarme de ropa.

Sí.

Se habían cambiado de ropa.

Llevaban el mejor de sus trajes. El que utilizaban para desplumar incautos en las partidas de póquer de Boris Railsback.

—¿Ocho dólares? —Frawley arrugó la nariz—. No vale la pena apostarlos. Albert Bellamy no sólo está al corriente de nuestros nombres, sino de que te hacías pipí en la cama a los seis años.

—¿Por qué me recuerdas eso, Ralph? Sabes que no me gusta. La culpa la tenían los del orfanato de Bryan Spring.

Sylvester *el Meón*. Lo mío era una enfermedad que no podía...

—Cierra la boca. Estoy pensando. Tenemos que desaparecer de San Francisco. De California...

—En Nueva York tenemos buenos amigos.

—Sí. Y Albert Bellamy también. La mafia neoyorquina nos esperará con los brazos abiertos. Bellamy es uno de los tentáculos del Gran Pulpo. Un gigantesco pulpo que se extiende por todos los Estados Unidos.

—¿Por qué no acudimos a la policía?

Ralph Frawley, pegado a las fachadas de las casas, se detuvo.

Contempló fijamente a Scott.

—¿Hablas en serio?

—Se ha cometido un crimen, Ralph. Han asesinado a Judith.

—¿Y quién es el asesino?

—El hijo de Albert Bellamy.

—Correcto. Eso significa que, de cometer la descabellada idea de denunciar el asesinato, sufriríamos un «accidente» antes de poder firmar la declaración. Posiblemente antes de que pisáramos cualquier distrito de policía. ¿Recuerdas el caso Dotrice? Hace un par de años. El FBI daba saltos de alegría. John Dotrice, miembro de la organización Bellamy, estaba dispuesto a traicionar a su jefe. Las medidas de seguridad en torno a Dotrice fueron extraordinarias. Le escondieron hasta el día del juicio. Y cuando John Dotrice avanzaba hacia el banquillo de los testigos se derrumbó como un saco de patatas. Envenenado. ¿Cómo? ¿Quién?... Pregunta a Bellamy.

—¿Qué podemos hacer, Ralph?

—Ya te lo he dicho, Sylvester. Vamos a vender estos trastos a Boris. También le diremos que nos suelte los doscientos dólares que nos debe. Esperemos que aún no esté alertado de la orden de caza y captura lanzada por Bellamy contra nosotros.

Boris no pertenece al mundo del hampa.

—Boris está en la cuerda floja Sylvester. Como todos. Los hombres de Bellamy irán atando cabos. De seguro empezarán por El Cuervo. Es nuestro local habitual de reunión. Luego en casa de Dorothy o Elke... Tarde o temprano llegarán a Boris, pero para entonces nosotros ya estaremos lejos.

—¿Dónde, Ralph? —preguntó Scott, angustiado—. ¿Dónde vamos a ir?

—Compraremos un auto usado. Estaciones de ferrocarril y autobús estarán controlados por los hombres de Bellamy. Y de seguro también los aeropuertos. Nos largaremos a México, pero cruzando la frontera por Arizona.

Sylvester Scott comenzó a maldecir como un camionero con rueda recién pinchada.

—Lo sabía... Sabía que terminaríamos mal...

—Peor ha terminado Judith.

Scott enmudeció.

Tras unos instantes de silencio movió la cabeza.

—Pobre Judith...

—¿Te das cuenta del poder de Bellamy? Buscaba a su hijo Paul. En el Hilton le vieron hablar con una mujer. Eso fue todo. Los hombres de Bellamy hicieron lo demás. Indagaron, preguntaron... hasta dar con el domicilio de Judith.

—Llegaron tarde. ¿Por qué, Ralph? ¿Por qué la mató?

—El tal Paul no parece coordinar muy bien. Está como un cencerro. De ahí que su padre le mantenga bajo riguroso control. Paul Bellamy burló esa vigilancia y Judith pagó con la vida.

—Pobre Judith —volvió a repetir Sylvester Scott—. Estaba convencida de haber encontrado un mirlo blanco. Un hijo de papá.

—Un hijo de perra —murmuró Ralph Frawley, entre dientes—. Un perfecto hijo de perra.

* * *

Boris Railsback, propietario de una importante casa de compra-venta, echó una superficial mirada a todo lo expuesto sobre el mostrador. Posó su diestra sobre el proyector.

—Trescientos dólares.

—Perfecto, Boris. Trescientos dólares por el proyector. ¿Y por el resto?

Railsback rió divertido.

En estridente carcajada.

—Eres un tipo gracioso, Ralph. Esos trescientos dólares son por todo.

—¿Por todo? El radio-cassette, la cámara fotográfica, la máquina de escribir eléctrica, la calculadora...

—Eso es. Por todo.

—Eres un bastardo, Boris. ¡Un maldito bastardo que...!

—Baja la voz —dijo Railsback, dirigiendo una rápida mirada hacia una puerta situada tras el mostrador—. Oye, Ralph. Mi especialidad son las antigüedades. No acostumbro a comprar estos artículos robados. Contigo hago una excepción.

—También sabes que nosotros no nos dedicamos a robar. Todo, esto nos pertenece. Necesitamos dinero y hemos acudido a ti.

—Yo no subo de los trescientos dólares, muchacho: pero en la tienda de Abby sí conseguirás más.

—Ya lo sé. Boris. Incluso un chatarrero nos daría más, pero ahora las tiendas están cerradas. Tenemos que salir cuanto antes de la ciudad.

Railsback volvió a reír.

—¿Problemas con la policía?

—Eso no es asunto tuyo. Suelta los trescientos dólares más los doscientos que nos debes.

—Puedo ayudaros de otra forma. Ahí dentro tengo a un palomo. Lo estoy desplumando, pero empieza a mosquearse de su mala suerte. Le había prometido una partida de cuatro y estamos los dos mano a mano. Le he dado largas diciendo que los otros dos jugadores llegarían de un momento a otro. Dudo que pueda retenerle por más tiempo. Sentaros vosotros a la mesa de juego.

Frawley y Scott intercambiaron una mirada.

Aquella duda hizo hablar nuevamente a Railsback.

—Es un mirlo blanco, amigos.

Decidió lo de «mirlo blanco».

Haciéndoles recordar a Paul Bellamy y su padre.

—No. Boris. No tenemos tiempo. Suelta los quinientos dólares.

—No seas idiota. Ralph. Ésta es una oportunidad única que...

—¡Los quinientos pavos. Boris! ¡Muévete!

—De acuerdo, de acuerdo... Voy por ellos.

Boris Railsback abrió la puerta situada tras el mostrador. Tropezando con el individuo que salía en aquel momento.

Un hombre de unos cuarenta años de edad. Ojos ocultos por lentes de miope. Sus ademanes eran nerviosos.

—Señor Morrissey...

—Me marchó.

—Pero..., no puede hacer eso...

—No sería correcto si ganara, pero llevo perdidos más de cinco mil dólares.

—Precisamente por eso —sonrió Railsback, hipócritamente—. Me agradaría que recuperara parte de ese dinero.

—¿Jugando solos? No, Railsback. Me prometió una partida a cuatro.

—Acaban de llegar unos amigos. Puede que ellos...

—Ya te hemos dicho que no. Boris —interrumpió Frawley—. Tenemos mucha prisa. Nos vamos de... vacaciones.

—Buenas noches, caballeros.

—¡Señor Morrisey!... Espere...

El llamado Morrisey abandonó el local.

Sin atender a la llamada de Boris Railsback.

—Maldita sea... ¡Le hubiéramos sacado cinco mil más!

—No conformamos con los quinientos, Boris.

—¡Estúpidos!...

Railsback, rojo de ira, se introdujo en la trastienda. Retornó a los pocos minutos con un fajo de arrugados billetes que arrojó sobre el mostrador. Con gesto despectivo.

—No contaré con vosotros para ninguna otra partida de póquer.

Ralph Frawley contó los billetes.

Sonrió.

—Con nosotros ya no podrás contar para nada, Boris. Los dos amigos salieron de la tienda.

Apenas cruzar la calzada un individuo les cortó el paso. Los cristales de sus lentes destacaban en la oscuridad de la noche.

—Disculpen, caballeros...

—¿Qué se le ofrece? —interrogó Frawley.

El hombre sonrió tímidamente.

—Me llamo Edwin Morrisey. He oído casualmente que se marchan de vacaciones.

—Ahá.

—¿Tienen ya decidido el lugar?

Ralph Frawley le dirigió una suspicaz mirada.

—No. Todavía no.

Edwin Morrisey sonrió más ampliamente.

—¿Les gustaría un viaje a las paradisíacas islas Hawai?

CAPÍTULO V

Sylvester Scott tiró del brazo de su amigo.

—Vámonos, Ralph. No podemos perder el tiempo con este chiflado.

Frawley se zafó.

Dedicó una sonrisa cordial a Edwin Morrissey.

—Disculpe a mi compañero. Está un poco alterado. ¿Islas Hawai? Pues... no sé qué decirle. Teníamos proyectado algo parecido. Los Mares del Sur, Haití...

—¿No han estado nunca en Hawai?

—No, señor Morrissey.

—Les ofrezco un camarote biplaza de primera clase en el *Gardenia*. Uno de los mejores barcos de la Pacific Gershwin Navigation Co. El crucero se inicia mañana a primera hora. Pueden conseguir los pasajes por un precio ridículo.

Scott rió en nerviosa carcajada.

—Liquidación por fuera de temporada, ¿eh? Muy curioso. No conocía yo el truco del crucero a Hawai. ¿Y tú, Ralph?

—¡Oiga, caballero!... No se trata de ningún truco. Yo soy una persona honrada e incapaz de...

—Comprenda la desconfianza de mi amigo —intervino Frawley, apaciguador—. Es lógica dada la naturaleza de su oferta. Me consta que todo pasaje es personal e intransferible. No podemos suplantar los nombres que figuren en los boletos. Se descubriría al tener que presentar los pasaportes, el correspondiente visado y demás trámites.

—¿Quieren acompañarme, por favor? Mi auto está ahí en la esquina. Quiero mostrarles algo.

Edwin Morrissey empezó a caminar.

—Maldita sea. Ralph —murmuró Scott, rezagado—. ¿Por qué perdemos el tiempo? Es un truco. Nos quiere engañar. ¡A nosotros!

—¿Tiene aspecto de estafador? Recuerda que acaba de perder cinco mil dólares con Boris. ¿Crees que un estafador se dejaría hacer eso?

—¿Vienen?

—Sí. Morrisey —respondió Frawley, acentuando los pasos hasta ponerse junto al individuo—. Estaba preguntando a mi compañero cuánto dinero llevaba encima. No acostumbramos a salir con mucho efectivo.

—Si llegamos a un acuerdo les aceptaría un cheque.

Frawley y Scott cruzaron una rápida mirada.

Perplejos.

Aquello ya era demasiado.

—Nos sorprenden sus facilidades. Morrisey. Es usted una bellísima persona.

Llegaron ante un estacionado «Buick».

Edwin Morrisey abrió la portezuela.

—Acomodémonos en el interior. Estaremos mejor. La humedad nocturna me perjudica. Odio la clásica neblina procedente del mar y que cada atardecer invade las calles de San Francisco.

Morrisey se situó frente al volante.

Ralph Frawley en el asiento contiguo mientras que Scott se acomodaba en el trasero.

—Aquí lo tienen, caballeros —dijo Morrisey, sacando un sobre del salpicadero—. Pueden comprobarlo atentamente.

Así lo hizo Frawley.

Era un pasaje en camarote de primera clase para dos personas. A bordo del *Gardenia*. Buque de la Pacific Gershwyn Navigation Co. Un crucero que partía de San Francisco hacia Honolulu. Mañana era su fecha de salida. A las siete de la mañana. Estaba pagado en su totalidad. Incluso el impuesto de embarque. El casillero donde debía figurar los nombres de los dos viajeros estaba en blanco.

—¿Por qué están en blanco?

—No estaba muy seguro de realizar el crucero —dijo Morrisey, con apesadumbrada voz—. Me explicaré. Adquirí el pasaje por mediación de la agencia Planeta. Hace un par de semanas. El mismo día en que mi mujer me sugirió el divorcio. En estas dos semanas he

tratado de hacerla cambiar de idea. Le comenté el crucero hacia Hawai, rememorando nuestra luna de miel... No he tenido éxito. Mi mujer me abandonó ayer.

—Le felicito —dijo Scott.

Frawley dirigió una severa mirada a su compañero.

—Siga. Morrisey.

El individuo esbozó una sonrisa.

Tenía los cristales de las lentes empañados.

—Poco más tengo que decir. Durante el día de hoy he deambulado de un lado a otro. Fui a un *night-club* con la idea de invitar a la primera chica que encontrara a ese crucero. En la ruleta me encontré con Boris Railsback. Entablamos conversación y me sugirió una partida de póquer. Yo soy un entusiasta del póquer. Deseaba olvidar y acepté. Las horas se pasaron rápidas... Perdí bastante dinero. Tampoco puedo recuperar nada de lo invertido en los pasajes. Mi estupidez me hizo pensar que Susan... que mi mujer... Bueno, lo cierto es que anular los boletos con la sola antelación de unas horas significa perder todo. De ahí que, al oír casualmente hablar de las vacaciones, pensé que tal vez podía interesarles. Harían un buen negocio. Yo no perdería todo y ustedes realizarían un inolvidable viaje por un precio ridículo.

—¿Qué precio, Morrisey?

—Pues... me conformaría con los cinco mil dólares que he perdido jugando al póquer.

—Me parece una cantidad razonable. Por supuesto que no la llevamos encima. En nuestro domicilio, un magnífico apartamento cerca de Market Street —mintió Frawley con aplomo— podemos juntar unos dos mil o tres mil dólares. Es eso lo que comentaba antes con mi compañero, ¿no es cierto, Sylvester?

Scott estaba con la boca entreabierta.

Asintió instintivamente.

—Usted decide. Morrisey —dijo Ralph Frawley—. Si quiere vamos ahora mismo al apartamento y le entregamos los tres mil dólares o bien le cubro un cheque por los cinco mil dólares. Tengo aquí mi talonario.

Edwin Morrisey dudó.

Aquellos instantes de indecisión resultaron angustiosos para Frawley y Scott. Si optaba por acudir al imaginario apartamento de

Market Street en busca de los aún más imaginarios tres mil dólares, se echaría por tierra el asunto.

Ralph Frawley había jugado, una arriesgada baza con el objeto de ganarse la confianza del individuo.

Edwin Morrissey demostró no ser un buen jugador de póquer.

Se tragó el farol de Frawley.

—No son horas de visita —sonrió Morrissey—. Mejor el cheque por los cinco mil dólares. No dudo de ustedes. Son unos caballeros. No hay más que verles.

El resoplar de Sylvester Scott, reclinándose aliviado en el asiento, fue todo un síntoma que el inocente Morrissey no captó.

Ralph Frawley extrajo un talonario de cheques.

El propio Morrissey le tendió un Roller Pen de oro.

—¿Al portador o nominal?

—Al portador —respondió Edwin Morrissey—. ¡Ah..., olvidaba algo importante! Aquí figura el sello de la agencia de viajes Planeta. El no hacer constar los nombres les intrigó, pero pronto comprometieron mis motivos. De no ir con mi mujer tenía pensado vender los pasajes a algún conocido o amigo. Esperé demasiado. En la agencia me advirtieron que debía informarles de los nombres de los dos pasajeros como mínimo ocho horas antes de la salida del *Gardenia*. Este teléfono de aquí... el cuarto número, corresponde a la sucursal del Planeta en los muelles de embarque. Están en servicio nocturno permanente. ¿Por qué no telefonea ahora?

—Lo haré.

—Allí tiene una cabina —señaló Morrissey—. Estaría más tranquilo si llama ahora. Si surgiera algún inconveniente no quiero que sospechen que he tratado de engañarles. Romperé el cheque y solucionado. Llame ahora, por favor. Lleve el pasaje para informarles del número de la reserva y demás datos.

Ralph Frawley parpadeó.

La honradez de aquel individuo casi resultaba irritante.

—*Okay*. Morrissey. Como quiera.

Frawley descendió del auto avanzando hacia la cabina telefónica situada en la siguiente bocacalle.

Retornó siete minutos más tarde.

Muy sonriente.

—Todo solucionado, amigo Morrissey. Estaban ya inquietos por

la falta de noticias. Han tomado debida nota de los nombres. Sylvester Scott y Ralph Frawley. Tenemos que presentarnos en el control de embarque de la Pacific Gershwin Navigation dos horas antes de la salida del *Gardenia* para que consten nuestros nombres en los pasajes: aunque ya los han pasado a Lista de Pasajeros del buque.

—Magnífico. ¿Quieren que les lleve a algún sitio? —se ofreció Morrison—. Market Street queda dentro de mi recorrido y...

—No se moleste. Tenemos nuestro auto en un *parking* cercano. Ha sido un placer conocerle. Morrisey.

Estrecharon sus manos.

—Lo mismo digo, caballeros. Les deseo un maravilloso crucero.

Frawley y Scott se alejaron del «Buick».

No volvieron la mirada atrás.

No querían descubrir la sonrisa de satisfacción que iluminaba su rostro.

—Infiernos, Ralph... Esto parece un sueño. ¿Imaginas a Edwin Morrisey intentando cobrar un cheque de cinco mil dólares de nuestra cuenta? El saldo es de ocho dólares.

—Cinco dólares con diez centavos —rectificó Frawley.

Los dos amigos ampliaron aún más la sonrisa.

También Edwin Morrisey, desde el interior del auto, sonrió al verlos alejarse. Encendió un cigarrillo. La llama del fósforo descubrió un extraño brillo en los miopes ojos del individuo.

Y también Morrisey amplió la sonrisa al coger el cheque. Máxime cuando le aplicó la llama del fósforo. El contemplar cómo se quemaba lentamente el papel le hizo reír a carcajadas.

CAPÍTULO VI

Ralph Frawley exhaló una bocanada de humo.

—¡Eh. Sylvester...!

Scott, que dormitaba en el asiento contiguo, dio un respingo que casi le hizo incorporarse.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre?

—Tranquilo. Faltan sólo quince minutos para que se permita el acceso al *Gardenia*. Vete quitando las legañas.

Sylvester Scott estiró brazos y piernas bostezando ruidosamente.

—Me duele todo el cuerpo... ¡Cinco horas aquí sentado!

—¿Preferías estar deambulando por las calles de San Francisco? Demasiado sabes que no podíamos pernoctar en ningún hotel. Desde el Hilton a la más mísera, pocilga estarían controlados por la organización de Bellamy. Fue una buena idea acudir a la sala de espera de la Pacific Gershwyn Navigation Co. Ya tenemos todo en orden, Sylvester. Cumplimentado el pasaje y en nuestro poder las cartulinas de embarque.

—No me sentiré seguro hasta estar en alta mar.

Frawley dio la última chupada al emboquillado.

—No hay peligro. Nuestro encuentro con Edwin Morrissey fue un auténtico milagro. Los hombres de Bellamy ya nos conocerán a fondo. Scott y Frawley, dos muertos de hambre. Dos vividores. Puede que hayan llegado ya a Boris. Estarán al corriente de nuestro capital. Alrededor de los quinientos dólares. ¿Dónde se puede ir con ese dinero? Controlarán ferrocarriles, estaciones de autobús... Lo que menos pueden imaginar es qué vamos a embarcar en un crucero hacia Honolulu. En un barco de millonarios con destino a Hong Kong.

—¿Hong Kong?

—Sí. Me he estado informando en la agencia Planeta. El *Gardenia* realiza un crucero de ida y vuelta a Hong Kong. Tocando los puertos de Honolulu. Yehohama, Shimizu. Köbe y Hong Kong. Nosotros desembarcamos en Honolulu.

—¿Por qué no en Hong Kong? Cuanto más lejos mejor.

—Muy gracioso. Como si fuera el tranvía de la Market Street. Hasta el final trayecto, ¿eh? Así de sencillo. No tenemos dinero, Sylvester. Difícilmente vamos a poder subsistir a bordo del *Gardenia*.

—La comida entra en el pasaje.

—Eso es. Tú, con la tripa llena, contento. Permaneceremos a bordo tres días, Sylvester. ¿Qué hacemos con quinientos cochinos dólares? Apuesto que la propina más miserable es de veinticinco dólares.

—Nos encerramos en el camarote y nos emborrachamos.

—¿Con agua del grifo? Las bebidas alcohólicas se pagan a parte. Sylvester.

El rostro de Scott reflejó una compungida mueca.

—Serán tres días muy largos.

—No te desanimes —sonrió Frawley, palmeando la espalda de su compañero—. Hay sala de juego y muchos incautos. Conseguiremos lo suficiente para comportarnos como auténticos millonarios, pero lo de prolongar el viaje hasta Hong Kong lo veo ya más difícil. Confórmate con salir vivo de San Francisco.

Sylvester Scott pareció en efecto recuperarse.

Contagiado por el optimismo de Frawley.

—Honolulu... No conozco aquello. Ralph. ¿Es allí donde bellas nativas te reciben con collares de flores?

—Ajá. Mejor que la corona de crisantemos que nos tiene encargada Alfred Bellamy. En marcha. Sylvester.

Los dos amigos abandonaron la sala de espera encaminando sus pasos hacia el muelle de embarque donde se emplazaba el *Gardenia*. Existían diferentes accesos para subir al barco. Algunos pasajeros ya estaban cruzando las pasarelas.

—Una última advertencia. Sylvester —dijo Frawley, sacando del bolsillo interior de la chaqueta los billetes y cartulinas—. Olvida tus raíces de patán y compórtate como un millonario.

—Maldita sea... ¿y cómo se comporta un millonario? Jamás he

tenido en los bolsillos más de...

—Cierra el pico.

Habían llegado a una de las cabinas de control. Tras serles examinado el pasaporte y billetes se les permitió el paso hacia una de las pasarelas.

Contemplaron con admiración el *Gardenia*.

Más de dieciséis mil toneladas de registro bruto. Quinientos setenta pies de eslora. Setenta y cuatro de manga. Diecinueve nudos de velocidad. Ocho puentes de paseo. Dos ascensores. Capacidad para seiscientos cincuenta pasajeros.

Dotado de radar, estabilizadores, radioteléfono intercontinental, telefotografía, dos piscinas, cinema-teatro, biblioteca, gimnasio, salón de fisioterapia, guardería infantil...

—Es como un sueño —murmuró Sylvester Scott, visiblemente emocionado al subir por la pasarela—. Un maravilloso sueño...

—Cierto. Más que un sueño, un milagro. Al ser nuestro destino Honolulu no es necesario el visado. Hubiera resultado muy difícil para nosotros el conseguirlo. No hay duda de que la suerte nos sonríe.

Subieron a bordo.

Ya les esperaba el comité de recepción. Formado por dos individuos uniformados y una mujer. También ella luciendo juvenil y favorecedor uniforme de la Pacific Gershin Navigation Co.

—Bienvenidos a bordo. Mi nombre es Jessica Wolfe, del departamento de relaciones públicas del *Gardenia*. Éstos son mis compañeros Kearlson y Stevenson. Nos esforzaremos en que disfruten de un inolvidable crucero. No duden en acudir a nosotros en demanda de cuanto necesiten.

Ralph Frawley correspondió a la sonrisa de la mujer sin evitar que sus ojos la examinaran de arriba abajo. En una mirada que, aunque de admiración, resultó insolente.

Jessica Wolfe era muy joven. De unos veinte o veintidós años de edad. Cabello castaño, cortito, en gracioso peinado que hacía resaltar el óvalo de su rostro. Ojos almendrados. La nariz breve. Boca de gordezuelos labios. El uniforme moldeaba las curvas de su cuerpo en los lugares precisos.

—Mi amigo es el señor Scott. Yo soy Ralph Frawley.

—Es un placer tenerles con nosotros —dijo Jessica, procurando

no delatar su desagrado por la lasciva mirada de que había sido objeto. Consultó una lista—. Creo que están... Sí, en el Tulip Deck. El número de camarote es el T71. Les proporcionaré un plano del *Gardenia*.

Frawley y Scott recibieron sendos folletos.

—Muchas gracias —dijo Scott.

Ralph Frawley hizo una mueca.

Jamás Sylvester Scott se comportaría como un millonario.

—Si me dan los correspondientes *tickets* haré que les lleven el equipaje al camarote —se ofreció la muchacha.

Ralph Frawley sonrió con aplomo. Esperaba y temía aquella pregunta, pero ya tenía estudiada la respuesta. Había ideado un embuste para justificar la anormal ausencia de equipaje: pero antes de que pudiera hablar se le adelantó uno de los individuos. El que fue presentado con el nombre de Stevenson.

—El equipaje de los señores ya está en el camarote. Fue facturado con anterioridad.

—Ah, perfecto... —sonrió Jessica—. Vuelvo a reiterarles una feliz estancia a bordo.

Ralph Frawley y Sylvester Scott se encaminaron hacia la sala de entrada situándose tras otros pasajeros que esperaban utilizar el ascensor.

—Oye. Ralph..., ¿qué significa eso del equipaje?

—El fulano Se equivoca. Sin duda nos confunde con otro camarote. Nos hemos ahorrado explicaciones de poca credibilidad. Otro golpe de suerte.

—Ralph...

—¿Sí?

—¿No crees que es demasiada suerte? Nosotros siempre hemos sido un par de gafes. Nada nos salía a derechas.

—Alguna vez tenía que cambiar nuestra mala estrella.

Scott movió de un lado a otro la cabeza. No muy convencido de las palabras de su compañero.

Pasaron al elevador.

El ascensor se detenía en todos los puentes del buque. Descontados los dos superiores. Boat Deck y Sun Deck, la primera parada fue en el Clover Deck. Luego Rose Deck, Tulip Deck...

Los dos amigos abandonaron el elevador.

En la sala de recepción del Tulip Deck, previa comprobación y registro de pasajes, se les proporcionó la llave del camarote y la tarjeta de identificación que deberían de llevar consigo para deambular por el barco.

Uno de los empleados les condujo por el largo corredor.

Camarote T71.

—¿Desean alguna cosa?

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —interrogó Frawley, rebuscando en los bolsillos de la chaqueta.

—Charly, señor.

—Puede que sí solicite tus servicios. Charly. Pareces un chico listo. Cuando estemos en alta mar te haré algunas preguntas.

—A su disposición, señor —el muchacho, tras apoderarse del billete ofrecido por Frawley, realizó un par de profundas reverencias antes de retirarse del camarote.

—¡Ralph...! ¡Maldita sea. Ralph! ¡Te has equivocado! ¡Le has soltado un billete de cincuenta dólares!

—No ha sido equivocación. Hay que causar buena impresión. Los camareros y mozos son valiosa fuente, de información.

—¡Cincuenta dólares...! ¡Le has dado cincuenta dólares...!

—Deja de lamentarte. ¿Qué te parece esto? ¡Camarote de primera clase! Mejor que el Hilton Hotel.

—Tú jamás has estado en el Hilton —respondió Scott, despojándose de la chaqueta y tumbándose sobre una de las camas.

La estancia no era muy amplia, pero contaba con cuarto de baño privado. Dos camas bajas separadas por taquillón con cuatro cajones. Sobre los cabezales una cortina cubría el rectangular ventanal que hacía de ojo de buey. Dos butacas, una mesa y un armario empotrado completaban el resto del mobiliario. Un par de cuadros, un jarrón con flores, espejo y una lámpara de quinqué alegraban el camarote.

Frawley consultó el reloj.

—Dentro de una hora aproximadamente levaremos anclas.

—Sí mi capitán. Los negros ya están en galeras dispuestos a darle al remo.

—Así me gusta —rió Ralph Frawley—. ¡Has recuperado tu sentido del humor! Eso está bien. Hay que ser optimista.

—Voy a dormir. Avíseme a la hora del almuerzo.

—¿Serías capaz? ¡Por favor, Sylvester! Estamos en un crucero de lujo. Dentro de poco pasaremos por cubierta, jugaremos al tenis, tiro al plato, zambullirnos en la piscina...

—Creo que te pasas de optimista. Olvidé mi traje de baño, mi equipo de tenis y todo lo demás. ¡Maldita sea, Ralph...! ¡No tengo ni pijama! Sólo este traje, una camisa, dos calcetines que llevo puestos y la ropa interior. Tú estás en las mismas condiciones. ¡Ése es todo nuestro vestuario para tres días de viaje!

—Ya he pensado en eso. Sylvester. Compraré ropa en el *drugstore* del barco. —Frawley abrió el folleto—. Aquí... en el Clover Deck. A partir de las diez a. m. se pueden realizar compras.

—Dudo que acepten tus cheques. Los Edwin Morrissey no abundan por el mundo. —Scott se incorporó para colocar la chaqueta en el armario—. Todavía me cuesta creer que hemos...

Enmudeció.

Aquel súbito silencio hizo arquear las cejas a Frawley.

—¿Ocurre algo, Sylvester?

—Echa un vistazo a esto. Ralph.

Frawley se aproximó al abierto armario. Contempló perplejo la voluminosa maleta y el negro portafolios. Con su correspondiente etiqueta de referencia. Figuraba número de camarote y nombre del pasajero.

«*Gardenia*. T71. Ralph Frawley-Sylvester Scott».

* * *

—No me gusta esto. Ralph. No me gusta.

—Sigue. Sylvester. Lo estás haciendo muy bien.

Scott había confeccionado una pequeña ganzúa y manipulaba en la cerradura de la voluminosa maleta.

—Apuesto que es el equipaje del señor Morrissey.

—No digas tonterías. Sylvester. ¿Olvidas que Morrissey no tenía proyectado viajar? Este equipaje ha llegado aquí por equivocación. Seguro que ocurre con frecuencia en todas las oficinas de facturación.

—Lo que sí recuerdo es que Morrissey dijo que tenía abonado el impuesto de embarque de equipaje.

—¿Y qué? Lo tenía todo en regla. Si hubiera realizado el viaje con su esposa abonaría el impuesto de embarque de equipaje. Es lo lógico. Nadie, exceptuando nosotros dos, emprende un crucero con lo puesto. Esto no pertenece a Morrissey. Tal vez sea de un fulano que está ahora en un hotel de San Francisco o en viaje por los Mares del Sur. Puede incluso que esté a bordo del *Gardenia*.

—Eso último es lo que temo. Puede acudir aquí. ¿Qué explicación le damos por violentar su equipaje?

—Mira el registro de la etiqueta. Sylvester. De la oficina de facturación del muelle. El error no se originó en el *Gardenia*. Hay casos de extravío de equipaje que no se recuperan jamás. Éste será uno de esos casos. Sigue. Tú eres un experto.

En efecto.

En menos de cinco minutos, sin necesidad de violentar la cerradura, abrió la maleta. Con el solo manejo de la ganzúa.

Ralph Frawley comenzó a inspeccionar el contenido.

—Ahora el portafolios. Sylvester. Ropa de hombre... Todo ropa masculina. ¿Te das cuenta? No es de Morrissey ni de su mujer. Tampoco es su talla... Casi toda la ropa es nueva. Sin estrenar...

Scott estaba porfiando en la ganzúa para poder acoplarla a la cerradura del maletín. Hizo una mueca al ver cómo Ralph Frawley se probaba una chaqueta *sport*. Le sentaba como un guante.

—Empiezo a temer por tanta buena suerte. Ralph.

Frawley se contemplaba muy sonriente en el longitudinal espejo del armario. Se abotonó la chaqueta girando a izquierda y derecha.

—Ni hecha a medida —dijo Frawley, inclinándose de nuevo sobre la maleta rebuscando con ambas manos—. Un par de *smokings*, dos chaquetas *sport*, cuatro pantalones, camisas de vestir, deportivas, ropa interior en cajas aún sin desempacar, mocasines, zapatos de etiqueta... Tenemos de todo. Sylvester. Incluso máquina de afeitar.

—Imagina que nos paseamos por el barco todos elegantes y nos tropezamos con el propietario del equipaje.

Frawley se encogió de hombros.

—Debemos correr ese riesgo. Nos hemos enfrentado a mayores peligros, ¿no es cierto?

—Éste no es nuestro terreno. Ralph. No me... ¡Condenación...! Creí que ya lo tenía. Es una cerradura complicada.

—Tranquilo. Tenemos tiempo. —Frawley abrió un cartón de Pall Mall de la maleta—. ¿Quieres un cigarrillo? ¡Aquí hay de todo!

—Preferiría un trago de *whisky*.

—De eso no hay, pero tal vez en el maletín encuentres una botella de Chivas Regal.

Sylvester Scott continuó manipulando en la cerradura. Fue a los doce minutos. Tras reiterados intentos logró franquear el cierre.

Dirigió a Frawley una inquisitiva mirada.

—Adelante. Sylvester. Tú has hecho el trabajo. Te corresponde el honor de abrir el maletín.

Obedeció.

El portafolios contenía dos bandejas forradas de terciopelo. En la primera, cuidadosamente alineados, varios fajos de billetes de cien dólares.

Sylvester Scott no reaccionó, pero sí su compañero que se precipitó sobre el maletín levantando la bandeja.

La otra bandeja no contenía dinero.

Era algo más siniestro y poco tranquilizador.

Un revólver. Un

Smith & Wesson

Model 64 Stainless M&P. Calibre treinta y ocho Special. Seis tiros.

Cuidadosamente acoplado en la bandeja de terciopelo rojo. Un rojo muy marcado. Un rojo color sangre...

CAPÍTULO VII

Sylvester Scott comenzó a reír.

Una risa histérica.

—Adelante, Ralph. Suéltalo ya. Vuelve a decir eso de que tenemos una buena racha de suerte.

Frawley estaba colocando nuevamente los billetes en el maletín. Diez fajos. En cada uno de ellos diez billetes de cien dólares. Un total de diez mil dólares.

El nerviosismo de Scott estaba justificado.

Aquello ya era demasiado.

—¿Qué quieres que te diga, Sylvester? También yo estoy algo mosqueado, pero no voy a hacer ascos a diez mil dólares.

—Larguémonos. Ralph.

—¿Largarnos? ¿Dónde? Echa un vistazo por la ventana. Ya estamos en alta mar. Gastaremos alegremente el dinero disfrutando del maravilloso crucero. Ya no debemos preocuparnos por buscar incautos que desplumar.

—Magnífico. Alguien pierde su equipaje y diez de los grandes. Ponte en su pellejo, Ralph. Hará todo lo posible por recuperarlo. Y ese alguien no parece ser hombre de paz. El Smith & Wesson

está cargado. Mi consejo es comunicar con el departamento de equipajes del barco y notificarles el error. Les decimos que este equipaje no es nuestro. Que sin duda lo han cambiado por nuestras maletas.

—Es un consejo idiota.

—Hazme caso. Ralph —rogó Scott—. Siempre terminamos con problemas por tu culpa. Al subir a bordo sólo teníamos unos cientos de dólares y no nos preocupaba. Estábamos seguros de conseguir

pasta con cualquiera de nuestros trucos.

—Ya no son necesarios. ¡Maldita sea, Sylvester! ¿Qué te ocurre? ¿Cuándo se nos ha presentado una ocasión como ésta...? ¡Jamás! ¡Ni volverá a presentarse! Siempre hemos sido un par de fracasados. Un par de peleles zarandeados por el destino sin recompensa alguna. Ahora nos llueve del cielo un fajo de billetes y a ti se te ocurre la majadería de entregarlos.

—¿Crees que no aparecerá el propietario?

—*Okay*. Cuando aparezca que se lleve su dinero..., si es que queda algo. Pienso despilfarrarlo a manos llenas. Esto es cómo un cuento de hadas, muchacho. Un sueño maravilloso. No quiero despertar sin haberlo disfrutado al máximo. Juego, mujeres, bebida... Estamos en el lugar adecuado para gastarlos. No se nos presentará otra oportunidad como ésta.

—Está bien. Como siempre terminas convenciéndome.

Frawley sonrió animosamente.

—Será un crucero inolvidable, Sylvester.

—De eso no tengo la menor duda. ¿Qué haces?

—Voy a realizar algunas compras —dijo Frawley, guardando uno de los fajos en el bolsillo—. Traje de baño, pijama y demás. ¿Me acompañas?

—Prefiero tomar una ducha y despejarme. Ya conoces mi talla, ¿no?

—Regresaré en treinta minutos.

Ralph Frawley abandonó el camarote.

Ya había consultado el plano del barco. La tienda estaba en el Clover Deck. A la salida del ascensor. Frente a la Puersers Office y lindante con la Lounge.

Efectuó la compra, aunque había mucho donde elegir, seleccionó todo con rapidez. Vestimenta *sport* y un *smoking*. No utilizarían la ropa de la misteriosa maleta. Era lo más prudente.

Ralph Frawley abonó la cuenta encargando que los paquetes le fueran enviados al camarote T71. Pasó seguidamente al bar del Clover Deck.

Solicitó un Chivas Regal.

Había que estar a juego con las circunstancias.

—¿No es demasiado pronto para beber *whisky*, señor Frawley?

Ralph Frawley ladeó la cabeza.

Sonrió ante la presencia de Jessica Wolfe, la bella relaciones públicas del *Gardenia*.

—Hola. Jessica. Tengo por costumbre desayunar con *whisky*. Se puede decir que ya llevo un par de horas de retraso conforme al horario habitual, pero me pondré al corriente. ¿Me acompañas?

—Gracias. Tomaré una tónica.

La muchacha se aupó sobre el taburete contiguo al de Frawley. Ya no vestía el favorecedor uniforme, sino un conjunto playero que hizo brillar los ojos de Frawley. Un modelito que dejaba la cimbreante cintura al descubierto y con una amplia abertura en la falda que mostraba con generosidad los bronceados muslos femeninos.

—¿Puedo decirle una cosa, señor Frawley?

—Llámame Ralph y olvida el tratamiento. Pese a estar podrido de dólares soy un tipo campechano y no hago distinciones sociales. ¿Qué quieres decirme?

—Tienes una mirada demasiado expresiva. Ralph. Contrólala.

—Únicamente admiraba tu belleza. Jessica.

—No es necesario desnudarme. Y tú lo has hecho con la mirada. Frawley sonrió cínico.

De nuevo sus ojos recorrieron el cuerpo de la joven. Recreándose en el audaz escote que controlaba con dificultad los erectos senos.

—Voy a confesarte un secreto. Jessica. Entretenido en amasar mi fortuna He descuidado los buenos modales. ¿Por qué no me das unas lecciones particulares?

Jessica correspondió a la sonrisa.

Divertida por la insolencia de Frawley.

—Creo que las necesitas. Ahora tengo trabajo, pero dentro de un par de horas estaré en la piscina de cubierta. Te aceptaré un aperitivo, ¿de acuerdo?

—Allí estaré.

La muchacha abandonó el bar.

Seguida de la lujuriosa mirada de Frawley. Breves minutos más tarde también él salía del local encaminándose hacia el elevador. Pulsó el botón del Tulip Deck. Ya reinaba un gran bullicio y animación por todo el barco. En todos sus puentes. Los pasajeros acudían a las piscinas o a disfrutar del sol que ya originaba destellos dorados en las azules aguas del Pacífico.

Silbando alegremente llegó ante el camarote señalizado con las siglas T71.

Hizo girar el picaporte, pero la puerta no cedió. Sin duda Scott había pasado el cierre, del pomo.

Golpeó con los nudillos la hoja.

Se abrió la puerta.

—Ya estoy aquí. Sylvester. ¡Muchacho, esto es lo más...!

Ralph Frawley se adentró sin reparar en la palidez de su compañero. También él sintió que la sangre fluía de su rostro al descubrir la presencia de los dos individuos. Uno de ellos le había hecho enmudecer al apoyar el cañón de una Luger en la nuez.

El otro individuo, tras la puerta, encañonaba a Sylvester Scott. Cerró la hoja colocando el cierre de seguridad.

—¿Son... son amigos tuyos, Sylvester?

Scott maldijo interiormente el sentido del humor malgastado por su compañero, Aquellos dos individuos no parecían apreciar las bromas.

—Estos caballeros buscan algo. Ralph.

—Por supuesto —sonrió Frawley, aunque dificultado por el cañón de la Luger que seguía sobre su garganta—. Precisamente me disponía a entregar el maletín en la sección de objetos perdidos. Faltan algunos cientos de dólares, pero no deben inquietarse, Les firmaré un cheque.

—No buscan el dinero. Ralph.

Frawley entornó los ojos.

Perplejo.

Contempló alternativamente a los dos hombres. Parecían cortados por un mismo patrón. De unos treinta y cinco años de edad. Atlético. Ambos con gafas oscuras. Rostro inexpresivo, Y los dos con una Luger en la diestra.

—Queremos los planos —dijo uno de los individuos, con fría voz.

—¿Los planos? —Parpadeó Frawley—. ¿Los planos del *Gardenia*?

El cañón de la Luger dejó de presionar la nuez de Frawley. Fue utilizado para que el individuo le golpeará en el costado izquierdo.

—Un gracioso. ¿Te das cuenta, Herbert? Hemos topado con un gracioso.

El llamado Herbert, sin dejar de encañonar a Sylvester Scott,

hizo una fea mueca. Como si le desagradara, todo aquello.

—Dale otro repaso. Murphy. Odio a los graciosos.

El tal Murphy no se hizo de rogar. Volvió a alzar el brazo armado descargando nuevamente el cañón del arma sobre el semicorvado Frawley.

—Voy a repetir. Queremos los planos.

—Creo que se equivocan —dijo Scott—. Nosotros no...

Le llegó el turno a Sylvester Scott.

Se tambaleó al recibir el trallazo en el cuello. Bajo la oreja izquierda. Un brutal golpe que le hizo oscilar la cabeza.

—Estamos perdiendo la paciencia —advirtió Herbert, satisfecho por la contundencia de su trallazo—. Lo sabemos todo. Los planos están en vuestro poder. Decidnos dónde y ahorraremos el trabajo de buscarlos.

Ralph Frawley, algo recuperado, se enderezó apoyando las manos en los costados.

—Mi amigo dice la verdad. Ignoramos de qué nos hablan.

—¿De veras? —sonrió Murphy, en mueca poco tranquilizadora—. Hemos seguido esta maleta por todos los EE. UU. Desde Washington hasta San Francisco. Vosotros habéis sido astutos, pero nos fue suficiente seguir el rastro de la maleta.

—¿La maleta...? Ahora comprendo. Ya está todo claro.

—¿Eso crees?

—Seguro —asintió Frawley—. Sufren un lamentable error. Esta maleta no nos pertenece. Llegó a nuestro camarote por equivocación.

—¿Nos tomas por idiotas? En la etiqueta de la maleta figuran vuestros nombres. Ralph, Frawley y Sylvester Scott. Camarote T71. ¡El vuestro!

—Todo es un error. Pueden registrarla. Incluso llevársela si quieren. Y el maletín con el dinero. Nosotros no sabemos nada de planos.

—Ya. Sois un par de inocentes turistas en viaje de recreo a Honolulu.

—Eso es.

Murphy se encogió de hombros.

Llevó la zurda al bolsillo de la chaqueta para extraer un tubo silenciador que lentamente fue acoplando al cañón de la Luger.

—Vosotros lo habéis querido. Os liquidaremos y después registraremos todo con tranquilidad. Nos consta que están aquí. Los lleváis encima o camuflados en algún doble fondo del equipaje, en el forro de uno de los trajes... No importa. Daremos con los planos.

—¿No... no serán capaces de matarnos?

Murphy rió jocosamente.

Ciertamente la pregunta de Sylvester Scott resultaba graciosa.

Al menos para individuos como Murphy y Herbert. Ambos habían acoplado ya el tubo silenciador al arma. Murphy alzó la diestra. Con el dedo índice curvado sobre el gatillo. El negro cañón de la Luger apuntando a la cabeza de Ralph Frawley.

El súbito golpear en la puerta hizo respirar a Frawley.

—No responder —advirtió Murphy, amenazador.

—Insistirán —dijo Frawley—. Es el empleado de la tienda. He comprado algunas cosas y ordené que me fueran enviadas al camarote con urgencia. Que les estaría esperando.

Como corroborando las palabras de Frawley, la llamada volvió a repetirse.

Reiteradamente.

Murphy hizo una seña a su compañero para que se ocultara junto con Sylvester Scott.

—Puedes abrirle. Frawley. Sin dejar entrar al empleado. Si desobedeces te vuelo la tapa de los sesos.

Ralph Frawley asintió.

Intercambió una rápida mirada con Scott para seguidamente girar el cierre y abrir la puerta del camarote.

Un joven esperaba en el corredor portando dos voluminosas cajas.

—Sus compras de la sección de confección, señor.

—Ah, sí... Un momento.

Ralph Frawley, sin permitirle el paso, le tendió un billete de diez dólares para luego hacerse cargo de las cajas.

Murphy, situado tras la puerta, empujó la hoja colocando nuevamente el cierre.

—Perfecto, hermano. Has demostrado ser un tipo prudente y...

No terminó de hablar.

Ralph Frawley le arrojó violentamente las cajas a la cabeza a la vez que propinaba un certero puntapié a la mano que empuñaba la

Luger. Sylvester Scott también había entrado en acción abalanzándose sobre Herbert e impidiendo que disparara sobre su amigo. Cayeron aparatosamente sobre una de las camas.

Murphy no había soltado el arma al recibir el patadón. De ahí que Frawley le atenazara la muñeca porfiando por la posesión de la Luger.

La detonación pasó desapercibida. Amortiguada por el tubo silenciador y por el cuerpo de los contrincantes.

Murphy aflojó la presión de sus dedos a la culata. Abrió la mano dejando escapar el arma. No llegó a caer al suelo. Ralph Frawley se apoderó de ella girando con rapidez.

Aquel alarde de reflejos le salvó la vida.

Herbert se había desembarazado momentáneamente de Scott y se disponía a disparar contra Ralph Frawley; pero éste se le adelantó.

La detonación fue ahora más audible.

Similar al descorche de una botella de champaña.

Herbert cayó de bruces sobre la otra cama, rebotó golpeando su cabeza contra el taquillón de noche. No se hizo ningún daño. Ya estaba muerto al caer.

Al igual que su compañero Murphy.

Los dos con un balazo en el pecho.

CAPÍTULO VIII

Sylvester Scott casi se subía por las paredes. Como un mono enjaulado. De un lado a otro del camarote. Sin detenerse.

—Lo sabía..., lo sabía... Sabía que terminaríamos mal. Esto tenía que ocurrir. Nuestra buena estrella... ¡Y un cuerno!

—¿Quieres callar, Sylvester? ¡Y para de moverte! No me dejas pensar.

—Oh, sí..., disculpa. Dejaré que pienses tranquilo otra de tus maravillosas ideas. ¿Por qué no llamar al contramaestre? Dile que el camarote es de dos plazas y aquí somos cuatro.

Ralph Frawley, sentado en una de las butacas, encendió un cigarrillo. Frente a él, cada uno en una cama, yacían Murphy y Herbert. Les habían, taponado la herida evitando que se desangraran. También borradas las huellas de sangre del suelo.

—Hay que desembarazarse de los cadáveres, Sylvester.

—¿A qué funeraria llamo?

Frawley esbozó una sonrisa.

El nerviosismo dotaba a Scott de un peculiar sentido del humor.

—Deja de preocuparte. Sylvester. Lo peor ya ha pasado.

—¿De veras? ¡Tenemos dos fiambres, Ralph!

—Afortunadamente no son policías. —Frawley succionó el cigarrillo—. Ya has visto sus pasaportes expedidos en Washington D. C.

—Eso no quiere decir nada. En el pasaporte únicamente figuran nombre, fecha y lugar de nacimiento. Pueden ser policías.

—No se comportaron como tales.

—Olvidas muy fácilmente, Ralph. Tú y yo conocemos policías que son auténtica basura. Tal vez ellos... ¡Ya está! ¡La CIA! ¡Son de la Central Intelligence Agency! Por eso buscaban los planos de la

bomba atómica.

—La bomba atómica ya se fabrica en los parvularios.

—Bueno..., la bomba secreta..., los planos siempre, son de un arma secreta.

—Empiezo a sospechar de la generosidad de Edwin Morrissey.

—¿Qué quieres decir, Ralph?

—Que el bueno de Morrissey nos la ha jugado. Nos colocó como cebo. De ahí su interés en que telefonara para comunicar nuestros nombres a la Pacific Gershwin Navigation Co. Etiquetarían entonces el equipaje y lo subirían a bordo. Siguiendo las instrucciones previamente dadas por Morrissey. Sus rastreadores seguirían a la maleta y nos encontrarían a nosotros.

—¿Crees que esos planos estarán en poder de Morrison?

—Seguro.

—¿Qué planos pueden ser, Ralph?

—Puede que sea la fórmula de la Coca Cola, tan ambicionada por la KGB.

—Eso tiene gracia —rió Scott, para casi de inmediato borrar la sonrisa—. ¡No, maldita sea! ¡Esto no tiene gracia!

Ralph Frawley se incorporó.

—Hemos salvado milagrosamente el pellejo, Sylvester. Eso es lo que importa. Ya no pueden molestarnos. Están muertos. El único problema es desembarazarse de los cadáveres.

—¡Arrojémoslos al mar! Sólo tenemos que abrir la ventana y...

—No. Sylvester. Al menos a plena luz del día. Nos pueden ver desde los puentes superiores o los pasajeros acodados en cubierta. Tendríamos que esperar a la noche. Y no es prudente permanecer todo el día con tan desagradable compañía. Puede entrar cualquier camarera, el mozo... No. Sylvester. Tenemos que encontrar una solución rápida.

—Les sacamos al pasillo y solucionado.

—Eso es. Como si fueran un par de zapatos que hay que limpiar.

—¿Qué tiene de mala mi idea?

—El encontrar dos muertos en uno de los corredores del Tulip Deck significaría que los servicios de Seguridad del *Gardenia* investigarían camarote por camarote. Y el nuestro, por mucho esmero de limpieza, terminarían por encontrar algo sospechoso. Tú mismo te delatarías en el interrogatorio.

Sylvester Scott se sentó en el borde de una de las camas. Al instante se incorporó de un salto dirigiendo una mirada al cadáver de Murphy.

—Sí... Tenemos que hacer algo y pronto.

—¡Ya está...! Espera aquí. Sylvester.

—¡No, Ralph...! ¡No me dejes solo!

Frawley, haciendo caso omiso a la angustiada llamada de su compañero, abandonó el camarote para retornar a los diez minutos. Entró empujando una silla de ruedas.

Scott bizqueó.

—¿No... no se te ocurrirá sacarles en una silla de ruedas?

—Correcto.

—¡Estás loco!

—Un elevado tanto por ciento de los pasajeros del *Gardenia* son vejestorios. Les conducen a cubierta en sillas de ruedas y luego toman el sol en cómodas hamacas. Muy tapaditos para protegerse de la brisa marina. La cubierta del Clover Deck está plagada de abuelos.

—Admiro tu sangre fría, Ralph. Yo sería incapaz de hacer eso.

Frawley sonrió.

—Lo harás.

—¿Que yo...?

—Sí, Sylvester. Son dos fiambres. Nos toca uno por barba.

—¡No lo haré...! ¡Yo no...!

—Basta de protestas y ayúdame —interrumpió Frawley, quitando la manta de una silla de ruedas—. Empezaremos por Murphy.

Colocaron el cadáver sobre la silla de ruedas. Cubierto con la fina manta. Ajustada bajo las axilas y le llegaba hasta las rodillas.

—Maldita sea... Mira esto. Ralph. No mantiene la cabeza recta. Se ladea.

—¿Qué quieres? ¿Apuntalarla? Se supone que va dormido. Déjale con la cabeza ladeada. Espera... Olvidé los sombreros.

Cuando Ralph Frawley retornó a los pocos minutos lo hizo empujando otra silla de ruedas.

Y nuevamente Sylvester Scott se vio atacado por la risa nerviosa.

—¡Esto es el camarote de los hermanos Marx! Apenas podemos movernos. Ralph. ¡No hay espacio!

—Vamos a colocar al otro, Sylvester. El tuyo.

—No podré..., soy incapaz...

Herbert fue colocado sobre la segunda silla de ruedas. También protegido por una manta. Sobre la cabeza un sombrero playero.

Ralph Frawley tomó un folleto de publicidad del *Gardenia* que situó entre las manos de Murphy.

—Perfecto... ¿Quién sale primero?

—¡Tú!

Frawley sonrió por la espontánea exclamación de su compañero. Cogió una de las cajas pasando al contiguo cuarto de baño. Reapareció luciendo un deportivo pantalón de gabardina marrón con camisa polo de rejilla color crudo.

—También debes cambiarte de ropa. Sylvester. Ponte más *sport*.

—¿Qué haces con el dinero?

Frawley estaba distribuyendo los fajos del maletín por los bolsillos del pantalón. Tendió mil dólares a Scott.

—Esto para tus gastos. Yo me quedaré con otro tanto. El resto lo ingresaré en una de las cajas de seguridad del *Gardenia*. Por aquí hay mucho desaprensivo. —Ralph Frawley empujó la silla de ruedas donde reposaba Murphy—. ¿Quieres abrimme?

—¿Dónde... dónde vas a dejarle?

—En la cubierta del Clover Deck.

—¿Y yo? —interrogó Scott—. ¿Qué hago con el mío? ¿Por qué no salgo ahora contigo?

—Eso es. En procesión. Como si fuera la hora de sacar los muertos al sol. Espera diez minutos y luego sales tú. Si no quieres subir hasta el Clover Deck lo dejas en cualquier sitio, pero lejos de aquí, ¿comprendido? Ya nos veremos en el bar del Clover Deck.

Scott asintió.

Contempló con expresiva mueca compungida la marcha de su compañero. Desvió la mirada hacia la silla de ruedas donde yacía Herbert. Con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos extendidos.

Siguiendo el consejo de Frawley se cambió de ropa.

Ya habían transcurrido los diez minutos.

Sylvester Scott tragó saliva. Con la garganta reseca. Echó en falta una buena dosis de *whisky*. Tras respirar profundamente una y otra vez abrió la puerta del camarote. Salió empujando la silla.

Terminaba de cerrar la puerta cuando se abrió el camarote frontal.

Al estrecho corredor salió una mujer. De unos veinticinco años de edad. De largos cabellos que adornaba un rostro de salientes pómulos y grandes ojos. También su boca era deliciosamente grande, de labios gordezuelos y apetitosos. Lucía un vestido túnica con falda asimétrica que dejaba ver las piernas hasta muy arriba. Sus senos, exuberantes y potentes, se marcaban con fuerza bajo la tela.

—Hola.

Sylvester Scott forzó una sonrisa mientras que mentalmente empezaba a maldecir.

—Bue... buenos días.

—Somos vecinos, ¿verdad? Mi camarote es el T73. Soy Elke Hill.

—Scott... Sylvester Scott.

La mujer sonrió contemplando a Herbert.

—¿Paseando al abuelito?

—Sí..., eso es —rió Scott, estúpidamente—. El médico, le ha recomendado mucho el aire de la montaña... ¡No!... El aire de mar. Sí, el aire de mar...

—Es un placer cono...

—¡No...! ¡No le toques! —exclamó Scott, al ver como la muchacha tendía su diestra hacia Herbert. Ante el respingo y sobresalto de Elke, se justificó añadiendo—: Es... está dormido, ¿sabes? Tiene un agrio despertar.

—Afortunadamente es de sueño profundo —comentó Elke algo perpleja—. Tus gritos no le han despertado.

—Sí..., es de un sueño muy profundo. Adiós.

Scott empujó la silla de ruedas.

Y Elke Hill fue tras él.

Contoneando alegremente las caderas.

—¿Vas al Clover Deck? Te acompañaré. ¿Viajas con tu abuelo?

—¡No es mi abuelo!... Bueno, es el abuelo de mí compañero de camarote.

¿Un camarote para tres?

Llegaron al elevador.

Había tres pasajeros más esperando la llegada del ascensor.

—El... el abuelo tiene un camarote en el Daisy Deck. Le

acompaña su enfermera. Yo lo dejo en cubierta y quedo libre. La enfermera ya se ocupará de él.

—¿Es eso una invitación? —sonrió Elke, maliciosa—. La acepto. Es la hora de tomar el aperitivo.

Scott agrandó los ojos.

Ni por un instante pasó por su mente invitarla.

—Yo no...

—Ya está aquí el ascensor —dijo Elke, empujando también la silla de ruedas—. Nos permiten, ¿verdad?

Los tres pasajeros que esperaban con antelación asintieron a regañadientes. Con Scott, la muchacha y la silla de ruedas *j* ya quedaba poco espacio en la cabina.

Sylvester Scott empezó a contemplar con mejores ojos a la mujer. Gracias a ella se había limitado el número de posibles curiosos. Estaban solos en el elevador.

Fue al salir de la cabina cuando el brazo derecho de Herbert se extendió inerte rozando la rueda de la silla.

Sylvester Scott palideció.

Sin reaccionar.

Ni tan siquiera cuando Elke se aproximó colocando nuevamente el brazo de Herbert sobre su regazo.

—Tiene la mano muy fría... Le hará bien tomar el sol en cubierta. ¿Por qué zona has quedado con la enfermera?

—Allí... por allí —señaló Scott la primera puerta que conducía a la cubierta del Clover Deck.

Ciertamente, tal como había afirmado Ralph Frawley, eran muchos los que plácidamente se recostaban en tumbonas o dormitaban en sillas de ruedas. De todas las edades. Gente joven, madura o ancianos.

Sylvester Scott colocó la silla en el primer hueco que encontró.

—Vamos..., vamos ya...

—Pero... le has dejado en la sombra —advirtió Elke.

—¿Cómo...? Ah, sí... No te preocupes. La enfermera llegará de un momento a otro. Ya se encargará de ponerle al sol. Vámonos de aquí.

La muchacha sonrió colgándose del brazo derecho de Scott.

—Pareces impaciente por estar conmigo. ¿Es eso?

Scott no contestó.

Percibió el contacto de los opulentos senos femeninos aplastados contra su brazo. El turbador calor que emanaba del cuerpo de la mujer. La sonrisa de sus labios. El brillo de sus ojos...

—Estaba bromeando —dijo Elke, interpretando mal el silencio—. Ya sé que no soy irresistible.

—Lo eres. Elke. Y muy simpática.

—También tú me resultas simpático. Sylvester.

Llegaron al bar.

Elke solicitó un combinado a base de zumo de naranja, vodka, marrasquino y jarabe de frambuesa. Scott se limitó a un *whisky* doble que casi vació de un solo trago.

Sonrió reflejándose en los bellos ojos de Elke.

Ya más tranquilo.

—¿Con quién viajas tú Elke?

—Sola. He ahorrado durante años para costearme este crucero de ida y vuelta a Hong Kong. Trabajo en el departamento de informática de la Jones Company de San Francisco. Siempre soñé con realizar un crucero, conocer gente, visitar paradisíacas ciudades... y enamorarme de algún millonario. ¿Lo eres tú, Sylvester?

Scott rió ya totalmente feliz.

—Me gustaría. Elke: pero sólo soy un muerto de hambre que... Bueno, quiero decir que soy... soy un modesto ejecutivo.

—¿Modesto? Ésos no realizan cruceros por el Pacífico. Apuesto que eres un importarme magnate.

Sylvester Scott hinchó el pecho.

Se disponía a responder cuando vio entrar a Ralph Frawley, en el bar. Acompañado de la joven de relaciones públicas.

Scott y Frawley intercambiaron una mirada.

Muy significativa.

Todo había salido bien. Los dos cadáveres ya tomaban el sol en cubierta.

CAPÍTULO IX

También almorzaron juntos, pero no en el lujoso restaurante del Clover Deck. No deseaba ponerse de etiqueta. De ahí que se decidieran por el gran buffet acondicionado en cubierta. Los más deliciosos y variados platos de la cocina internacional a disposición de los pasajeros de primera clase.

Sylvester Scott aún no terminaba de creerse eso de «pasajero de primera clase». El siempre había ido en el furgón de cola, pero ahora era diferente. Por primera vez saboreaba las mieles de los poderosos. De los forrados de dólares. De los mimados por el destino.

Aunque de seguro hubiera preferido un jugoso filete de la *steack house* del tío Samuel a los refinados manjares servidos por el chef; sinembargo se amoldó a su condición de pasajero de primera clase atiborrándose de caviar.

Llevaba horas sin saber de Ralph Frawley, pero no se preocupó por ello. Sólo tenía ojos para Elke.

Ya habían concluido el almuerzo.

El pasear por cubierta era también uno de los mayores atractivos del crucero. Subieron por una de las escalinatas que conducían al Sun Deck. Desde allí se contemplaba la majestuosidad del *Gardenia* surcando las aguas. La panorámica de la cubierta Clover con sus dos piscinas y solárium. Parte de ella se cubría a voluntad con un techo protector hermético al frío y agua, transparente y dotado de climatización por infrarrojos.

—¿Qué planes tienes para la tarde, Sylvester?

—¿Yo?... Pues... ninguno, ¿y tú?

—Había pensado en ir al cine y luego a la discoteca, pero eso fue antes de conocerte. Ahora haré lo que tú digas.

Scott sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Qué película ponen?

—No lo sé.

—Seguro que la hemos visto. Elke.

—Seguro.

Se miraron a los ojos.

En silencio.

Sylvester Scott se reconoció torpe para aquellas situaciones. No estaba acostumbrado a ligar con tanta facilidad. Carecía del desparpajo o cinismo de su compañero Frawley.

—Elke...

—¿Sí?

—Yo... esto... ¿qué te parece si nos ventilamos una botella de champaña en tu camarote?

—No me parece correcto. Sylvester.

—Sí, claro. Disculpa.

—No me parece correcto por mis compañeras de camarote —sonrió Elke—. Es un camarote de cuatro literas. Lo comparto con dos viejas solteras y una divorciada rencorosa que odia a los hombres. ¿Por qué no en tu camarote, Sylvester?

Scott sonrió de oreja a oreja.

Rodeando los hombros femeninos descendió la escalera hasta el Clover Deck. De allí pasaron al interior hacia uno de los elevadores.

—¿Por qué no llevas tú mismo la botella de champaña, Sylvester? Así evitaremos el tener que esperar que nos la sirvan en el camarote.

—Me parece una buena idea. ¡Regreso en cinco minutos!

Scott corrió hacia el bar.

Poco más tarde, con una botella de champaña francés bajo el brazo y junto a la sonriente Elke, introducía la llave en la cerradura del camarote T71.

—¡Oh!... Es maravilloso, Sylvester. El mío no dispone de ventana. Ni tan siquiera de pequeño ojo de buey. Y camas... Eso es mejor que literas, ¿verdad?

Scott asintió con nervioso movimiento de cabeza.

Aquello marchaba sobre ruedas.

Cerró con llave. No quería ser molestado por la aparición de Ralph Frawley. Con su característica labia era capaz de conquistarle

a Elke.

—Descorcha la botella, Sylvester. Tengo sed y el champaña me entusiasma.

—Olvidé pedir las copas.

—No te preocupes. Encontraré vasos en el cuarto de baño.

Cuando la muchacha reapareció con dos vasos ya Scott estaba a punto de descorchar la botella. Rieron al unísono coreando el estallido y burbujear del líquido.

—Por nosotros, Sylvester.

—Por nosotros...

Elke, tras beber un par de sorbos, se aupó aproximando sus húmedos labios a los de Scott. Le besó fugaz. Casi con timidez.

Sylvester Scott trató de retenerla y prolongar el beso. Comprendiendo aquella turbación en Elke.

—Sylvester... ¿Por qué no juntamos las camas? Estaremos más cómodos.

Scott parpadeó.

Pues no.

No era tímida la chica.

—En seguida, Elke, en seguida...

En efecto. Antes de un minuto juntó Scott las dos camas sencillas separando el taquillón de noche.

Giró hacia la sonriente Elke.

—Terminemos el brindis, Sylvester.

Scott tomó el vaso vaciándolo de un solo trago. Esperó a que Elke, más pausadamente, terminara el contenido de su vaso para arrebatárselo y depositarlo sobre el taquillón. Acto seguido atrapó la cintura femenina. Elke le echó los brazos al cuello ofreciendo de nuevo el jugoso fruto de sus carnosos labios.

El beso fue ahora más apasionado.

Más sensual.

Las manos de Scott se deslizaron por la espalda femenina para terminar posándose sobre el prominente trasero de Elke. Apretujándolo contra sí. Lentamente, sin interrumpir el beso, se fueron reclinando sobre las unidas camas.

Sylvester Scott se ladeó para que sus ávidas manos manipularan en los botones del vestido túnica. La joven colaboró. Pronto el vestido quedó extendido sobre el lecho.

Los ojos de Scott se nublaron al contemplar los exuberantes senos. Aquellos pechos que también parecían contemplarle desafiantes merced a los rosados pezones de ancha aureola.

Scott resbaló del lecho.

Se aferró al vestido de la muchacha deslizándolo por los muslos.

—¿Qué te ocurre, Sylvester?

—Me... me he caído —rió Scott, sacudiendo la cabeza y retornando junto a la joven—. Es tu belleza que me desconcierta.

Los ojos de Scott volvieron a nublarse.

Sin lograr centrar su mirada en el turbador espectáculo ofrecido por Elke. Sus desnudos pechos, el subir y bajar armonioso de su ombligo... Su cuerpo sólo protegido por diminuto *slip* y por el vestido deslizado hasta las rodillas.

—Elke... me... me encuentro mal...

—¿Qué te ocurre?

—Todo me da vueltas... creo que abusé del caviar... Me repugnaba, pero como todos lo conocían, yo... yo...

Sylvester Scott se derrumbó pesadamente sobre la muchacha.

Aplastándola con su cuerpo.

Elke permaneció unos instantes inmóvil. Luego apartó a Scott hacia un lado. Le contempló fijamente. Esperando alguna reacción que no se originó.

Sylvester Scott parecía dormir profundamente.

Elke se incorporó del lecho. No hizo nada por sujetar la falda del vestido que terminó por deslizarse hasta sus tobillos. Ni tan siquiera se percató de ello. Estaba dedicando a Scott una burlona sonrisa.

* * *

Sylvester Scott entreabrió trabajosamente los ojos.

De inmediato los cerró al acusar una punzada en las sienes. Parpadeó repetidamente mientras se sujetaba la cabeza con ambas manos.

Sentía náuseas.

Acostumbró sus ojos a la penumbra reinante. Ya era noche. Al menos no se filtraba claridad alguna por el ventanal.

Al tratar de incorporarse las punzadas en las sienes se acentuaron.

Sylvester Scott profirió una soez maldición dedicada al caviar y a la madre que lo inventó.

Su mano izquierda tropezó con algo. Un Cuerpo de suave piel. Tanteó. El contacto con unas pronunciadas curvas hizo retornar la sonrisa a Scott.

—Elke...

No recibió respuesta.

Scott accionó el portalámparas de noche.

Aquella iluminación le permitió contemplar a Elke. Estaba de bruces sobre el lecho de la izquierda. Con la cabeza bajo la almohada. Los brazos formando ángulo recto. La almohada ocultaba también sus manos.

Sylvester Scott mantuvo la sonrisa mientras contemplaba el cuerpo femenino. Extendió la diestra. Hizo deslizar el dedo índice por la desnuda espalda de Elke hasta tropezar con el diminuto *slip*.

—¡Eh, Elke!... Despierta...

Ante la inmovilidad de Elke, decidió pasar al cuarto de baño. Se refrescó la cara en el lavabo. Aún tenía jaqueca y náuseas.

Acudió nuevamente junto a Elke.

Palmeó el trasero de la muchacha.

—¡Elke!... Ya he resucitado. Quiero que me...

Scott levantó la almohada que cubría la cabeza femenina. Creyó que Elke la había utilizado para protegerse de la claridad al iniciar el sueño, pero no era así.

Con aquella almohada se había ocultado la seccionada yugular de Elke.

El brutal tajo en su garganta.

El charco de sangre que ya empapaba la sábana y filtraba sobre el colchón.

La ladeada cabeza de Elke permitía contemplar su desencajado rostro y el indescriptible terror aún reflejado en sus desorbitados ojos.

Una cabeza apenas unida al tronco.

Sylvester Scott desvió la mirada y comenzó a vomitar.

CAPÍTULO X

Seis pasajeros salían de la cabina del elevador cuando Sylvester Scott trataba de abrirse paso entre ellos.

—¡Eh, Sylvester!... ¿Qué ocurre? ¿Hay fuego a bordo?

—¡Ralph!... ¡Iba en tu busca!

—Pues ya estoy aquí —sonrió Frawley, con un largo cigarrillo entre los labios—. Voy a ponerme el *smoking* para la cena. También tú debes hacerlo, ¿sabes? Es obligatorio. Puede que el capitán nos invite a su mesa y... ¿te ocurre algo?

Scott estaba sudando y le castañeaban los dientes.

Apartó a Frawley del grupo de pasajeros que entraban y salían del elevador.

—Elke... la chica... la chica que estaba conmigo...

—Un buen ejemplar, sí señor. Has tenido suerte de que yo estuviera ocupado. Jessica. La de relaciones públicas, ¿recuerdas? Vamos a cenar juntos y luego...

—Tenemos otro cadáver. Ralph.

Frawley quedó con la boca entreabierta.

El cigarrillo cayó de sus labios.

—Es una broma, ¿verdad?

—En el camarote. Ralph. Allí está.

Ralph Frawley avanzó a grandes zancadas por el corredor hasta detenerse frente al camarote T7I. Hizo girar el picaporte.

—Cerré con llave —dijo Scott, rebuscando en los bolsillos—. Espera...

Franqueó la puerta.

Ralph Frawley, aunque ya advertido, no pudo evitar un sobresalto y el que la palidez se apoderara de su rostro.

—Cielos...

—¡Yo no he sido, Ralph!

—Eso ya lo supongo, maldita sea. ¿Qué ha ocurrido, Sylvester?

—Pues yo... yo... esta mañana, al salir con la silla de ruedas...

Sylvester Scott, aunque con alterada voz, narró con todo detalle lo acontecido desde su encuentro con Elke Hill hasta el momento de descubrir su muerte. Frawley le escuchó en silencio. Interrumpiendo sólo en un par de ocasiones para que le aclarara algún concepto.

—¿Y eso es todo?

—Sí. Ralph. Lo demás no puedo explicármelo.

—Dices que al salir de aquí estaba cerrado con llave el camarote. Tal como tú lo dejaste.

—Sí.

—Un bonito caso para el sargento Mullins —comentó Frawley—. Recuerdas al sargento Mullins, ¿verdad? Adscrito al Departamento de Homicidios de San Francisco. Le gustaban los casos sencillos y sin complicaciones. Éste es uno. Una mujer degollada. Un hombre con ella. El escenario del crimen cerrado con llave...

—¡Yo no fui!

—No te estoy acusando. Sólo era un comentario. Sí tú cerraste con llave se deduce que el asesino es un experto en abrir cerraduras. O tal vez le facilitó la entrada tu amiga Elke.

—¿Te has fijado en la maleta, Ralph? Está todo revuelto. Incluso han rasgado el forro.

—En busca de los misteriosos planos. El asesino y Elke Hill.

—¿Ella? ¿Crees que Elke iba también tras los planos?

Ralph Frawley se adelantó unos pasos.

Con la mirada fija en el cadáver.

—Esto es una cochinada.

—Cierto. Ralph. Obra de un perfecto hijo de perra.

—No hablaba del asesino. Por descontado que es un bastardo —dijo Frawley, restregando los zapatos en el suelo—. La cochinada a que me refiero es esta vomitada que acabo de pisar.

—Fui yo. Ralph. No pude contenerme. Ya sentía náuseas por el abuso del caviar. Luego, al ver lo que habían hecho con Elke...

Frawley olfateó los vasos.

Sonrió.

—No fue el caviar. Sylvester. Elke te narcotizó. Te hizo dormir para poder registrar con tranquilidad el camarote.

Desgraciadamente para ella llegó otro interesado en los planos.

—¿Por qué no los buscamos también nosotros?

—No están aquí. ¿No lo comprendes, Sylvester? Nosotros somos el cebo. El anzuelo tendido por Edwin Morrisey.

—¿Qué podemos hacer? Creí que libres de Herbert y Murphy ya no seríamos molestados: pero parece que son muchos los interesados en esos planos. Vuelvo a sugerir el contar todo al servicio de seguridad del *Gardenia*.

—Cargarías de inmediato con el asesinato de Elke.

—¡Maldita sea!... ¡Maldita sea mi estampa! ¡Toda la culpa es...!

—No empieces. Sylvester —interrumpió Frawley—. No es momento de lamentarse. Tenemos mucho que hacer. Quita la cortina del baño. Nos servirá para envolver el cadáver.

—Ya. Otra silla de ruedas.

Ralph Frawley encendió un cigarrillo.

Entornó los ojos a la vez que exhalaba una bocanada de humo.

—Ahora que lo mencionas... Ocurren cosas muy curiosas. ¿Dónde dejaste tu fiambre?

—En el Clover Deck.

—También yo. ¿Y sabes una cosa, Sylvester? Después del almuerzo, acompañado de Jessica, fui a pasear por cubierta. Mi fiambre ya no estaba allí.

—¿Qué esperabas? ¿Que permaneciera en cubierta durante todo el crucero? De seguro que alguien se intrigó por la inmovilidad del supuesto durmiente y descubrió su muerte.

—Una muerte ocasionada por orificio de bala. Sylvester. ¿Cómo es que nadie habla del doble crimen? Dos muertes violentas. Un suceso así no pasa desapercibido.

—Pues... tal vez para no sembrar el pánico a bordo. Éste es un crucero de recreo. Ralph. Para gente importante. Estarán investigando discretamente.

Ralph Frawley tomó un pequeño bolso de mano depositado sobre el taquillón. Lo abrió examinando su contenido. Unos pocos dólares, la tarjeta de identidad suministrada por el *Gardenia*, la llave del camarote, un lápiz de labios, una polvera...

—Vamos a echar un vistazo al camarote de Elke.

—No podemos hacer eso. Ralph. Es un camarote de cuatro literas. Lo compartía con tres viejas.

Frawley, haciendo caso omiso a las palabras de su compañero, se encaminó hacia la puerta.

—En marcha. Sylvester. Luego nos ocuparemos del cadáver y de limpiar esto.

Scott obedeció a regañadientes.

Abandonaron el camarote.

Recorridos contados pasos se situaron frente a la puerta señalizada con las siglas T71.

Frawley introdujo la llave en la cerradura.

—¿Por qué no llamas primero, Ralph? Puede estar durmiendo alguna de las viejas. Para rematar el día sólo faltaba que nos acusaran de intento de violación.

Ralph Frawley franqueó la entrada. Tanteó la pared hasta dar con el interruptor que iluminaba la estancia.

Un camarote de dos literas.

—Ella... ella me habló de cuatro literas y...

—Cierra la puerta —dijo Frawley, inspeccionando el armario empotrado—. Te engañó como a un patán. Viajaba sola. El único equipaje es esta valija. Utiliza tu ganzúa mientras echó un vistazo por el cuarto de baño.

Al retornar ya Scott había librado el cierre de la maleta.

Ralph Frawley lo vació volcando sobre la litera inferior extendiendo los objetos femeninos. Quedó con la mirada fija en el forro de la valija. La elevó examinándola por debajo.

—Muy curioso... Pásame la ganzúa, Sylvester.

—¿Qué ocurre?

—Hay un doble fondo en la maleta —dijo Frawley, manipulando con la pequeña hoja metálica—. Voy a quitar... ¡Ya está!

Quitó la tapa que ocultaba el doble fondo.

En él se acoplaba una pequeña pistola de cachas de marfil. También había una plastificada cartulina y una placa de identidad. Con la fotografía de Elke.

Frawley parpadeó repetidamente al leerla.

—Sylvester... Agárrate. La tal Elke Hill era ciudadana inglesa. Y pertenecía al Intelligence Service Británico.

—Eres maravillosa, Jessica.

—Y tú un pulpo.

Ralph Frawley sonrió, aunque sin dejar de acariciar el cuerpo femenino. Besó nuevamente a Jessica mordisqueándola en los labios. Fustigándola con su lengua.

—Ralph... ya basta. Me... me estás poniendo muy... nerviosa.

—Puedo suministrarte el calmante que necesitas.

—Eres un caradura.

Ralph Frawley volvió a apoderarse de los gordezuelos labios. En devorador beso. Sus caricias se tornaron más audaces.

Jessica se separó.

—¡Me... me estás desnudando!

Cierto.

Frawley aprisionaba con la zurda uno de los desnudos senos de la muchacha. El frágil y vaporoso vestido de noche había deslizado los tirantes que rápidamente compuso Jessica.

Roja como la grana.

—Disculpa. Jessica, yo...

—Eres demasiado fogoso. Además, aquí pueden vernos. Si me descubren pierdo el empleo. Podemos ir a tu camarote.

Ralph Frawley hizo una mueca.

En el camarote T71, en el interior de la bañera y envuelto en una cortina de plástico, estaba el cadáver de Elke Hill.

—No..., no puede ser. Está mi compañero con una amiga. ¿Qué me dices del tuyo?

—Es un seis literas —sonrió Jessica—. Y siempre está entrando o saliendo alguien. Puede incluso que ahora ya esté alguna de mis compañeras durmiendo.

—Oye, Jessica... ¿por qué no es uno de esos botes salvavidas?

—¿Hablas en serio?

—Seguro. Estaríamos muy juntitos y...

—Viene alguien —interrumpió la joven—. ¡Nos veremos luego, Ralph!

—Pero...

La muchacha se alejó con rapidez dejando a Ralph Frawley entre las sombras de la cubierta del Sun Deck. Los que llegaban era otra pareja de enamorados en busca del romántico paseo por cubierta. No había luna ni estrellas, pero la multicolor iluminación del

Gardenia originaba destellos al surcar las aguas.

Sí.

Todo muy romántico, exceptuando los cadáveres.

Ralph Frawley se encaminó al Rose Deck.

En todas las cubiertas existía gran animación, aunque las zonas más concurridas eran la discoteca, el *night-club* y la sala de juego.

En el Rose Deck era donde se emplazaba la sala de juego. Dados, póquer, kino, ruleta, *black-jack* y las populares slot machines.

En una de aquellas máquinas estaba Sylvester Scott.

Cuando Frawley llegó la máquina le cantaba un pleno de cien dólares. Premio que Scott recibió con compungido rostro.

—Parece que tenemos suerte, ¿eh. Sylvester?

—¿Cómo dices?

—No, nada... Olvídalo. ¿Has cenado?

—Sí. No tenía hambre, pero como está incluido en la tarifa... Te llevo esperando más de una hora. Ralph.

—No parece haberte ido mal.

Scott tenía los bolsillos del *smoking* llenos de fichas.

—En otras circunstancias estaría dando saltos de alegría, pero esta racha de suerte me da muy mala espina. ¿Vamos ya por...?

—Aún es pronto. Sylvester. Por cubierta todavía se ve mucha gente. Más avanzada la noche se irán retirando. Será el momento de sacar a Elke del camarote. Ahora vamos a echar un vistazo en busca del lugar adecuado.

—Espera. Voy a cambiar las fichas.

Minutos más tarde abandonaban la sala de juego.

Deambularon por el Rose Deck. Clover Deck. Sun Deck... De extremo a extremo. En algunas zonas la oscuridad era total. Se había levantado una fría brisa que paulatinamente hacía retirar a los pasajeros de las cubiertas.

—Éste es un buen lugar —comentó Frawley, apoyado en la baranda del Sun Deck—; pero resultará muy difícil traer hasta aquí a Elke sin ser vistos.

—¿Un buen lugar? No intentarás tirarla por la borda, ¿verdad?

—Si ésa fuera mi idea sólo tenía que abrir la ventana del camarote. Estoy pensando en uno de esos botes salvavidas. Ahí dentro nadie la encontrará.

—¿Por qué no la dejamos en cualquier lugar del Tulip Deck?

Poco nos importa que la encuentren.

—A mí no, pero tú te has paseado con ella durante todo el día. ¿Lo habías olvidado? Te asociarían de inmediato.

Scott palideció.

—Sí..., tienes razón.

—Tenemos que estudiar la forma de subirla hasta aquí sin ser vistos. Déjame pensar... Quédate aquí. Voy a la cubierta de abajo para orientarme con relación a la posición de nuestro camarote.

Cuando Ralph Frawley se disponía a descender la escalera que conducía al Clover Deck, escuchó un taponazo seguido de metálico chasquido.

Y a continuación los gritos de Sylvester Scott corriendo a su encuentro.

—¡Asesinos a proa!... ¡Asesinos a proa!...

Scott tropezó cayendo aparatosamente. Y aquello le salvó la vida. Percibió el silbar de la bala por encima de su cabeza. Comenzó a gatear desesperado llegando junto a Frawley.

—¡Asesinos a proa!...

—Maldita sea. Sylvester... ¡Cállate ya! —Frawley había llevado su diestra al costado izquierdo apoderándose del «Smith & Wesson»—.

Y para tu conocimiento te diré que estamos en la popa.

En lo referente a los asesinatos no estaba equivocado.

Eran dos.

Surgieron de entre la oscuridad. Empuñando armas dotadas de tubo silenciador. Avanzaron hacia Scott y Frawley. Con rapidez. Temerosos de que descendieran la escalinata hacia el Clover Deck.

El que iba en cabeza frenó su carrera en seco al descubrir el «Smith & Wesson».

Creían enfrentarse con dos víctimas indefensas, pero no era así. Extendió su diestra. También su compañero se había percatado del arma en poder de Ralph Frawley.

No llegaron a disparar.

No fueron lo suficiente rápidos.

Ralph Frawley estaba al pie de la escalera. Levemente encorvado. Las piernas abiertas y algo flexionadas. La zurda sujetando la muñeca derecha. Esta aferrando la culata del revólver.

Dos disparos.

Dos secas detonaciones que se entremezclaron con la música y el bullicio reinante en el *Gardenia*.

Los dos individuos cayeron hacia atrás. Proyectados por el violento impacto en la cabeza. Ambos con una bala entre ceja y ceja.

—En marcha. Sylvester.

—Pero...

—Como si nada hubiera ocurrido —dijo Frawley, guardando el arma. Se abotonó la chaqueta del *smoking*—. Las detonaciones no parecen haber alarmado a nadie. Sin duda las han asociado con el estallido de alguna de las múltiples bombillas que adornan el barco.

Descendieron la escalera que conducía al Clover Deck.

No había nadie por aquella zona, aunque algo más distantes se veían varias parejas sentadas en torno a una de las piscinas.

Rápido. Sylvester. ¡Adentro! Cuanto menos nos vean, tanto mejor. Pronto descubrirán los cadáveres.

—Son ya cinco, ¿verdad? —inquirió Scott, casi con lágrimas en los ojos.

Ralph Frawley sonrió al cruzarse con dos jóvenes.

Encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—Nos largamos al camarote. Sylvester. Y no saldremos de él en lo que queda de noche. Después de lo ocurrido se montará fuerte vigilancia. No podemos arriesgarnos a sacar a Elke.

—¿Quieres decir qué...?

—Y bien que lo lamento. Tenía una cita, pero hay que ser prudente. Nos quedaremos en el camarote.

—¿Con... con ella?

—Sí. Sylvester, *Los tres*.

CAPÍTULO XI

Ralph Frawley, en pijama, terminó de afeitarse con la máquina eléctrica encontrada en la maleta. Se aplicó una loción comprada en la tienda del barco. Con una rápida pasada de peine dejó de contemplarse en el espejo del baño retornando al dormitorio.

Scott ya estaba vestido.

Contempló con cierto rencor a Frawley.

—No pareces humano. Ralph. No sólo has dormido toda la noche a pierna suelta, sino que ahora... ahora te has afeitado y perfumado tranquilamente.

—¿Por qué no?

—Ella está ahí. En la bañera. ¡Muerta!

—*Okay*. Tú lo has dicho. Sylvester. Muerta. Mi presencia ya no puede molestarla.

—¿Cómo puedes ser tan frío? Yo ni tan siquiera me he lavado la cara. Todo por no entrar en el cuarto de baño. Los muertos me impresionan mucho.

—Pues con la marcha que llevamos va deberías estar acostumbrado. —Frawley se sentó al borde del lecho—. Tranquilízate, Sylvester. Ahora sí todo acabó. Ya no tenemos los planos.

Scott parpadeó.

—¿Que ya no...? ¿Te has vuelto loco?

—Déjame explicarte. Ayer dos fulanos nos interrogaban preguntando por unos planos. A la noche, otros dos individuos, sin mediar palabra alguna, intentan liquidarnos. Sólo eso. Liquidarnos. Sin preguntar por los planos.

—Cielos... ¡Son los hombres de Bellamy!

—No digas tonterías. Estamos lejos de San Francisco y de

Bellamy. Te quiero decir que los planos ya están en poder de ellos. De ahí que ahora sólo deseen cerrarnos la boca.

—¿Quiénes son ellos, Ralph?

—¡Y yo qué cuernos sé! —Frawley se calzó los calcetines acudiendo al armario en busca de ropa—. Hoy va a ser un día tranquilo, Sylvester. Una vez que nos desembaracemos de Elke todo marchará sobre ruedas. Nuestro segundo día de crucero será en verdad de recreo.

—Dudo que...

Sonaron unos golpes a la puerta.

Sylvester Scott dio un respingo.

—¿Quién es? —interrogó Frawley.

—El desayuno, señor —respondió una voz.

Ralph Frawley sonrió burlón por el sobresalto de su compañero.

—Ya lo has oído. Sylvester. Abre. Tengo hambre.

Scott obedeció.

Apenas entreabrir la puerta asomó el cañón del revólver que se apoyó en la nariz de Sylvester Scott empujándole hacia atrás.

Penetraron tres individuos.

Dos de ellos armados.

—Un movimiento sospechoso y sois hombres muertos —dijo el que encañonaba a Scott—. ¿Dónde está?

—En... en la bañera —tartamudeó Sylvester Scott.

—¿En la bañera? —Bizqueó el individuo—. ¿Tenéis el microfilme en la bañera?

Le tocó el turno de bizquear a Scott.

—¿Microfilme?

—¡Claro, estúpido! ¡Queremos el microfilme!

—El microfilme... ¿Has oído eso, Ralph? —Scott comenzó a reír. Cada vez más fuerte—. ¡También tenemos microfilmes! ¡Tenemos de todo! Planos, microfilmes y cadáveres. ¡Muchos cadáveres!...

—Hazle callar, Sullivan.

La orden fue dada por el individuo que no portaba armas.

Y el tal Sullivan obedeció. Clavando el cañón del revólver en el estómago de Scott. Éste se dobló como si le dedicara una profunda reverencia. Quedó con la boca abierta, aunque mudo. Incapaz de articular palabra.

—¡Aparta de ahí!

Ralph Frawley, que se había ido aproximando lentamente hacia el taquillón, retrocedió. Uno de los individuos abrió el cajón apoderándose del «Smith & Wesson» apetecido por Frawley.

—¿Quién eres tú? ¿Scott o Frawley?

—Frawley.

—*Okay*, muchacho. Pareces más inteligente que tu compañero. Queremos el microfilme y pagaré bien por él. Represento al CTI. Supongo habrás pido hablar de nosotros.

—Oh, sí... El CTI. El mejor equipo de basketbol de California.

El individuo no apreció la ironía de Frawley. Movi6 de un lado a otro la cabeza mientras chasqueaba la lengua.

—No hagas el idiota, Frawley. No es el momento. Me consta que vosotros dos sois meros enlaces. Puede incluso que desconozcas al CTI. «Comando Terrorismo Internacional». Un poderoso grupo que trabaja para el mejor postor. Sin ideales políticos. Sólo guiados por el Rey D6lar. Tienes algo que nos interesa mucho, Frawley. Y estoy dispuesto a negociar.

—El microfilme, ¿eh?

—Correcto. ¿Cuánto te ofrece el comprador de Honolulu?

Ralph Frawley forzó una sonrisa.

Sin saber que responder. Sólo quería ganar tiempo. Encontrar alguna salida a aquella comprometida situación.

—Ya está cerrado el trato. Lo lamento, hermano. Le prometo que el próximo microfilme será para el CTI.

—Puedes llamarme Alfil Cuatro. Éstos son mis compañeros Peón Doce y Peón Veinte. ¿Cerrado el trato...? Un trato se puede romper. A la cantidad del comprador de Honolulu añadiré veinticinco mil dólares más. Puede incluso que cincuenta.

—No está mal, pero tendría que consultar con mis superiores.

—No hay tiempo —sonrió Alfil Cuatro—. Ahora... o nunca.

—¿Ése nunca significa...?

—Exacto. Haces el trato con nosotros o te enviamos al infierno. Junto con tu compañero. Tu mercancía es peligrosa, Frawley. Ya lo has podido comprobar. Muchas moscas en torno a la miel. Cuanto antes quedes libre del microfilme mejor para vuestra seguridad.

—Necesito pensarlo.

—Por supuesto. Te doy diez segundos.

Peón Doce y Peón Veinte comenzaron a acoplar tubo silenciador en sus respectivas armas.

—Entrégales el microfilme, Sylvester —dijo Frawley—. No tenemos otra salida.

Scott, que todavía realizaba ejercicios de recuperación, di rigió a su amigo una perpleja mirada.

—¿Cómo... has dicho?

—El microfilme. Sylvester. No es necesario fingir más.

—¿Dónde está? —inquirió Alfíl Cuatro, sin ocultar una sonrisa de satisfacción—. ¿En el camarote? ¿Dónde?...

—En el lugar más apropiado —dijo Frawley—. En una de las cajas de seguridad del *Gardenia*.

—¡Mientes, maldita sea!

—Yo le vi entrar en la sala de depósitos de seguridad —intervino Peón Doce.

—¿Has sido tan estúpido de...?

Ralph Frawley sonrió con aplomo.

—¿Por qué no? Allí estaba a salvo de todo registro. Escondí el microfilme en el interior de un encendedor de oro.

—¡En marcha! Iremos a por él.

—Un momento. ¿Qué hay del dinero?

—Te lo entregaré una vez comprobado el microfilme. Es lógica tu desconfianza, pero no te queda otra alternativa.

—Ya. Y una vez comprobado, plomo para Scott y Frawley. No, no me convence. —Ralph Frawley hizo una mueca—. Vamos a hacer una cosa. Alfíl Cuatro. Tú acompañas a Scott hasta el departamento de depósitos y retiras el sobre, compruebas el microfilme y luego telefoneas aquí diciendo a tus gorilas que todo está en orden y que pueden retirarse. En cuanto al dinero lo depositas en un maletín a mi nombre. En la misma caja de seguridad.

Alfíl Cuatro se mostró entusiasmado por oír aquella propuesta. Lo delató el brillo de sus ojos. Una vez el microfilme en su poder se encargaría de Scott y telefonearía a sus hombres para que liquidaran a Frawley.

Perfecto.

Ni él mismo lo hubiera planeado mejor.

—Nos vamos, Scott. Vosotros dos quedaos aquí. Os telefonearé dando instrucciones antes de quince minutos.

Sylvester Scott no se movió. El sí comprendía la jugada de Frawley. Quería salvarle el pellejo. Fuera del camarote, entre la multitud del *Gardenia*, le sería fácil dar esquinazo a Alfil Cuatro. Y las consecuencias las pagaría Frawley.

—Ve tú con él. Ralph. Yo me quedo aquí.

—Estoy en pijama, Sylvester —sonrió Frawley, agradeciendo el gesto de su amigo—. Y este asunto no admite demora.

—No, Ralph. Debes ir tú. Entregaste el dinero... y el microfilme. El depósito está a tu nombre.

—A nombre de los dos, Sylvester. También tú puedes retirarlo.

—Yo no...

—¡Ya basta, condenación! —gritó Alfil Cuatro, después de seguir con perpleja mirada el diálogo de los dos amigos—. ¡Muévete, Scott! Nos vamos.

Se encaminaron hacia la puerta.

Sylvester, antes de salir, desvió los ojos hacia su compañero.

Intercambiaron una mirada.

Una muda y emocionada despedida.

* * *

Ralph Frawley encendió el segundo cigarrillo para seguidamente consultar la esfera del reloj.

Habían transcurrido ya diez minutos.

De un momento a otro telefonearía Alfil Cuatro o se presentaría allí para informar de la huida de Scott... y sentenciar a Frawley.

Peón Doce y Peón Veinte continuaban con las armas en la mano. Con el tubo silenciador. Conscientes del trabajo a realizar. Con o sin microfilme.

—No comprendo el interés del CTI por el microfilme —dijo Frawley que, en verdad, no comprendía absolutamente nada de todo aquello.

—¿Bromeas? El *dossier* de las embajadas es dinamita. De extraordinario valor para los Estados Unidos y para cualquier potencia extranjera.

Frawley quedó peor que antes.

Le tentaba formular más preguntas, pero pisaba terreno totalmente desconocido. Se delataría él mismo, aunque eso ya poco importaba. Pronto se presentaría Alfil Cuatro o telefonaría.

También Peón Doce echó una mirada a su reloj.

—Falta poco para los quince minutos...

—Si se cumple el plazo actuaremos por nuestra cuenta.

Frawley captó el significado de aquellas palabras.

Estaba sentenciado.

Y sin posibilidad alguna de intentar algo contra aquellos dos individuos. Se mantenían distanciados. Separados el uno del otro. Encañonándole. Eran auténticos profesionales del crimen.

En el camarote funcionaba a la perfección el sistema de aire acondicionado, sin embargo Frawley empezó a sudar.

Un sudor frío.

Se estaba cumpliendo el plazo.

Unos golpes a la puerta le hicieron respingar.

Peón Doce y Peón Veinte cruzaron una rápida mirada.

La llamada volvió a repetirse.

Peón Doce se aproximó a la puerta.

—¿Quién?

Le respondió una voz femenina.

—La camarera, señor. Debo cambiar las toallas de baño y retirar la ropa de las camas.

—Vuelva más tarde.

—Es la hora de recogida, señor. Sólo le molestaré unos segundos.

Peón Doce masculló una maldición.

—Déjala entrar —dijo Peón Veinte—. Yo me encargaré de que Frawley no cometa ninguna tontería.

Peón Doce guardó el arma en la funda sobaquera. Su compañero la introdujo en el bolsillo de la chaqueta Sin dejar de empuñarla. Se acercó a Frawley indicándole que se sentara en una de las butacas. Le hizo sentir el contacto del cañón en la espalda.

El individuo abrió la puerta.

La camarera penetró en la estancia empujando un carrito de lona.

—Estábamos hablando de negocios y...

—Termino en segundos —sonrió la mujer—. Sólo quitar las

toallas y retirar la ropa de las camas. Luego ya le harán la limpieza del camarote.

Ralph Frawley, de espaldas, no podía ver a la camarera: pero sí escuchó su taconear hacia el cuarto de baño.

Esbozó una sonrisa.

En espera de oír el desgarrador grito femenino originado al descubrir el cadáver en la bañera.

La camarera salió del cuarto de baño. Sin grito alguno de terror. Todo lo contrario. Tarareando por lo bajo una canción. Abrió el carrito para introducir las toallas sucias.

Ralph Frawley ladeó la cabeza para dirigir una mirada a la mujer.

Y el estupor se reflejó en su rostro al identificar a la camarera.

Era Jessica Wolfe, la de relaciones públicas del *Gardenia*.

Peón Doce se adelantó unos pasos.

—Un momento... Tú... te vi ayer cenando con Frawley... ¡No es la camarera, Sullivan!

Peón Doce echó mano a la funda sobaquera, pero ya Jessica había sacado del carrito un revólver.

Disparó sobre el individuo.

Casi a quemarropa.

También Sullivan apretó el gatillo. Sin sacar la mano del bolsillo. Perforó la chaqueta, aunque el proyectil no alcanzó a la muchacha. Ralph Frawley le había propinado un violento empujón en el instante de disparar.

Quiso realizar un segundo disparo, ahora ya con el arma visible; sin embargo, el revólver de Jessica funcionó antes. Con idéntica y mortífera puntería.

La joven sonrió soplando sobre el humeante cañón.

—¿Qué te ha parecido, Ralph?

Frawley contempló estupefacto los dos cadáveres. Cada uno de ellos con un balazo en el pecho. A la altura del corazón.

Luego posó sus ojos en Jessica.

El uniforme de camarera le resultaba muy provocativo.

—Un magnífico servicio de relaciones públicas. Jessica. ¿Quién te ha enseñado a disparar así?

—Soy una de las mejores alumnas de Langley.

Ralph Frawley no necesitó ninguna otra explicación. Langley.

Virginia. A doce kilómetros de Washington D. C. Sede de la Central Intelligence Agency.

Jessica Wolfe. Relaciones Públicas, camarera... y agente de la CIA.

CAPÍTULO XII

—Fue antes de llegar al ascensor, Ralph. Apenas salir del camarote. Dos individuos se abalanzaron sobre Alfil Cuatro inmovilizándole. Apareció la tal Jessica. Me preguntó en qué condiciones quedabas tú, cuántos hombres te encañonaban y si...

Scott enmudeció al abrirse la puerta.

Jessica penetró en el despacho portando una carpeta bajo el brazo. Se sentó en la mesa compartida por Scott y Frawley.

—Hay unos pequeños puntos que aclarar y...

—¿Pequeños puntos? —interrumpió Frawley—. ¡No comprendo absolutamente nada! Desde que llegamos al *Gardenia* vamos de sorpresa en sorpresa. Y ninguna agradable.

—¿Tampoco la del maletín con diez mil dólares?

Frawley se reflejó en los bellos ojos femeninos.

—¿Hay alguna acusación contra nosotros?

—Eres sorprendente, Ralph. De un cinismo apabullante. ¿Alguna acusación dices? ¡Cientos de ellas! ¿Crees que se puede ir paseando cadáveres por el barco, disparando y ocultando cadáveres en la bañera? Desde el primer momento vuestra obligación era denunciar lo ocurrido al servicio de seguridad del barco.

—Los diez mil dólares fueron demasiado tentadores.

—Me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza, Ralph; no obstante he convencido a mis superiores de que vuestra... peculiar actuación fue motivada por las circunstancias. Nada hay contra vosotros.

—Gracias, muchas gracias...

—No seas tan efusivo, Sylvester —dijo Frawley, encendiendo un cigarrillo—. La CIA jamás se muestra generosa. Es simple compensación para que mantengamos la boca cerrada. Estoy al

corriente de todo.

Jessica sonrió.

—¿De veras?

—Sí, nena. Sí, todo lo relacionado con el *dossier* de las embajadas.

La sonrisa se fue borrando paulatinamente del rostro femenino.

—Es muy peligroso eso que acabas de afirmar. Ralph.

—¡Yo no sé nada! —exclamó Scott—. ¡Yo no estaba allí!

—Lo único que ignoro —dijo Frawley, ufano por el resultado de su farol— es la identidad de los diferentes buscadores. Sólo los del CTI tuvieron la delicadeza de presentarse.

—En efecto fueron muchos los cazadores —murmuró Jessica, tecleando sus dedos sobre la mesa—. Es lógico. Se trata de un amplio *dossier* con datos relativos a las más importantes embajadas acreditadas en los Estados Unidos. Datos relacionados a las características de las sedes diplomáticas, planos del edificio, servicios propios de seguridad, medidas eléctricas de alarma, claves secretas más utilizadas... Todo. Absolutamente todo.

—Un buen trabajo de la CIA.

—Cierto. Ralph. Puede incluso que demasiado perfecto. Queríamos conocer las características de las más importantes embajadas emplazadas en nuestro país. Sabes que desde inicios de 1980 está de moda el asalto a las embajadas. Conocerlas nos sería muy útil llegada una situación de toma.

—Ya. Y puestos a investigar, se echó una mirada a las claves secretas y demás.

—Ése fue el error. Ralph. El exceso de celo de nuestro servicio de inteligencia. Se emplearon micrófonos y radiotransmisores en... en alguna de las embajadas. En el equipo que realizó el trabajo hubo una infiltración. Alguien estaba al corriente de esa misión y esperó a que se terminara el *dossier* para robar los planos. Fue un miembro de inteligencia de una organización simpatizante con la causa palestina; pero en esa organización no todos son idealistas. Un traidor llamado Hopper microfilmó los planos y tanteó su venta a posibles interesados.

—Apuesto que le llovieron ofertas.

—Correcto. Organizaciones terroristas de dentro y fuera de los Estados Unidos entraron en contacto. Hopper se mostró muy

receloso. Su organización le buscaba y también la CIA. Dejó una leve pista y todos picamos el anzuelo. La CIA, el Intelligence Service, el CTI... y los hombres del senador Eddie W. Warhol.

—¿El senador Warhol? Eso es nuevo para mí —dijo Frawley cuando en realidad todo le era nuevo.

—El senador Warhol quiere provocar la caída de nuestro presidente o su total desprestigio de cara a las próximas elecciones. ¿Imaginas los titulares de la Prensa internacional? Espionaje USA en las embajadas extranjeras. Eso lo demostraría con los planos del *dossier*.

—Herbert y Murphy.

—Ahá. Los dos hombres pagados por el senador. Los dos individuos muertos en la cubierta del Sun Deck pertenecían a la organización pro-palestina. Su misión era la de liquidar a los enlaces de Hopper e impedir la venta del microfilme al supuesto comprador de Honolulu.

—¿Supuesto?

—Sí. Ralph. Ya te he dicho que todos picamos el anzuelo. El verdadero enlace. Edwin Morrissey, quedó en San Francisco. Allí era donde iba a realizarse la venta; pero afortunadamente la CIA intervino a tiempo. Les han detenido. También ha caído Hopper y los principales miembros de la organización. Tenemos microfilmes, planos...

—¿Qué me dices del comprador?

—¿No lo adivinas?

Frawley sonrió.

—Bueno..., no soy muy experto en espionaje: pero la KGB siempre aparece en las películas. ¿Era un espía ruso?

—Eso ya no importa. Lo cierto es que recuperamos el *dossier*, el microfilme y tenemos a los principales culpables. Gracias a vosotros dos.

—¿Nosotros? —inquirió Scott, rompiendo su mutismo.

—En efecto. La CIA, como todos los demás interesados, estaba pendiente de cierto equipaje facturado al *Gardenia*. Yo fui la elegida para vigilar a los enlaces de Hopper. Resultaron ser dos individuos llamados Scott y Frawley. Los pasaportes que yo misma examiné, no eran falsos. Comunicué con la CIA en demanda de datos. Y ahí estalló la sorpresa. Ayer noche me llegó la sorprendente noticia de

que todo el hampa de San Francisco estaba a la caza y captura de Scott y Frawley. Perseguidos por el todopoderoso Albert Bellamy. ¿Quiénes eran Scott y Frawley?

—Dos desgraciados.

Jessica rió la respuesta de Sylvester Scott.

—Ése fue más o menos el informe que recibí. Dos vividores. Mis compañeros también se mostraron muy sorprendidos y dejaron de prestar atención al *Gardenia*. De, ahí la clave del éxito.

—Bonito embrollo. Y nosotros creyendo haber engañado a Morrissey. Demasiado sabía él que le tendía un talón falso. Deambulaba por San Francisco en busca de un par de incautos que le sirvieran de cebo.

—Los encontró a la medida —rió nuevamente Jessica—. Dos desesperados deseosos de abandonar la ciudad. Y para que, una vez a bordo no despertaran sospechas, os regaló un maletín con diez mil dólares. No hubiera resultado lógico dos pasajeros del *Gardenia* con los bolsillos vacíos. Morrissey quería mantener el engaño hasta el mismísimo Honolulu.

—¿Qué se va a hacer con ese dinero?

—Es vuestro, Ralph. Depositado en una de las cajas a tu nombre, ¿no es cierto? Acéptalo como pago a tu silencio y... colaboración. Nos olvidaremos de Herbert. Murphy y los dos de cubierta; aunque los miembros de seguridad, siguiendo mis instrucciones, debían ir retirando los cadáveres para no sembrar el terror.

—Eso fue algo que me intrigó. El silencio ante las muertes. Lo único triste de esta historia es la muerte de Elke Hill.

Jessica asintió ensombreciendo su rostro.

—Fue obra de Earl Fleischer. El que se hace llamar Alfil Cuatro. Entró en el camarote con un duplicado. Sorprendió a Elke registrando el equipaje y acabó con ella.

—¿Por qué no me liquidó a mí también?

—No encontró lo que buscaba. Sylvester, Y tú estabas demasiado dormido para responderle. Él CTI estaba al corriente del microfilme. Los hombres del senador buscaban los planes. Era lo mismo.

Ralph Frawley se incorporó aproximándose al ventanal. Desde allí era visible el bullicio reinante en la Clover Deck.

—¿Cuándo llegaremos a Honolulu, Jessica?

—Mañana.

Frawley giró.

Fijó sus ojos en la muchacha.

—Quiero que comuniqués con el Departamento de Homicidios de San Francisco. Una orden de detención contra Paul Bellamy. Acusado del asesinato de Judith Howard. Diles también que hay un testigo.

—Dos —dijo Scott—. También yo estoy dispuesto a declarar. Me remordía la conciencia desde el primer momento, pero el miedo impedía pensar.

Jessica sonrió.

—No será necesario vuestro testimonio. La policía ya ha detenido a Paul Bellamy. El tiroteo hizo que un coche patrulla acudiera de inmediato. Los hombres de Bellamy no tuvieron tiempo de borrar las huellas. Una vez examinadas las identificaron como pertenecientes a Paul Bellamy. Puede que el muchacho no sea responsable de sus actos, pero su padre sí. Se le acusa de encubridor. No es mucho para empezar, pero el FBI y la policía de San Francisco se esforzará para que el ingreso en prisión de Alfred Bellamy se prolongue indefinidamente.

—Brindemos por eso —dijo Scott.

—Necesitamos champaña. ¿Por qué no vas a por una botella?

—¡Magnífica idea, Ralph!... ¡Ahora mismo vuelvo!

Frawley y Jessica sonrieron ante la precipitada salida de Scott.

—¿Conoces Honolulu, Jessica?

—Un poco. También yo terminé ahí el viaje. Te enseñaré las maravillosas islas. Tengo un par de días de permiso. Luego regresaremos juntos a San Francisco. Os puedo proporcionar a ti y a Sylvester un puesto de trabajo en la Unidad Móvil del...

—Un momento, un momento..., ¿quién ha pedido trabajo?

—Dejarás de ser un vividor. Ralph. Yo me encargaré de ello.

Para evitar posibles protesta de Frawley, la joven le echó los brazos al cuello besándole en la boca.

—Jessica..., ¿por qué no me enseñas tu camarote? Vamos antes de que regrese Sylvester.

Al salir a cubierta descubrieron a Scott platicando con una exuberante pelirroja.

—Sospecho que Sylvester se ha olvidado del champaña y de nosotros.

—¿Sabes quién es esa pelirroja? —sonrió Jessica—. Stella Golden, hija del Rey de las Salchichas.

Frawley rodeó la cintura femenina.

—No me sorprendería que la engatusase y terminara convirtiéndose en el heredero del reino de las salchichas. Sylvester y yo llevamos una racha de suerte...

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.